

Teatro Español

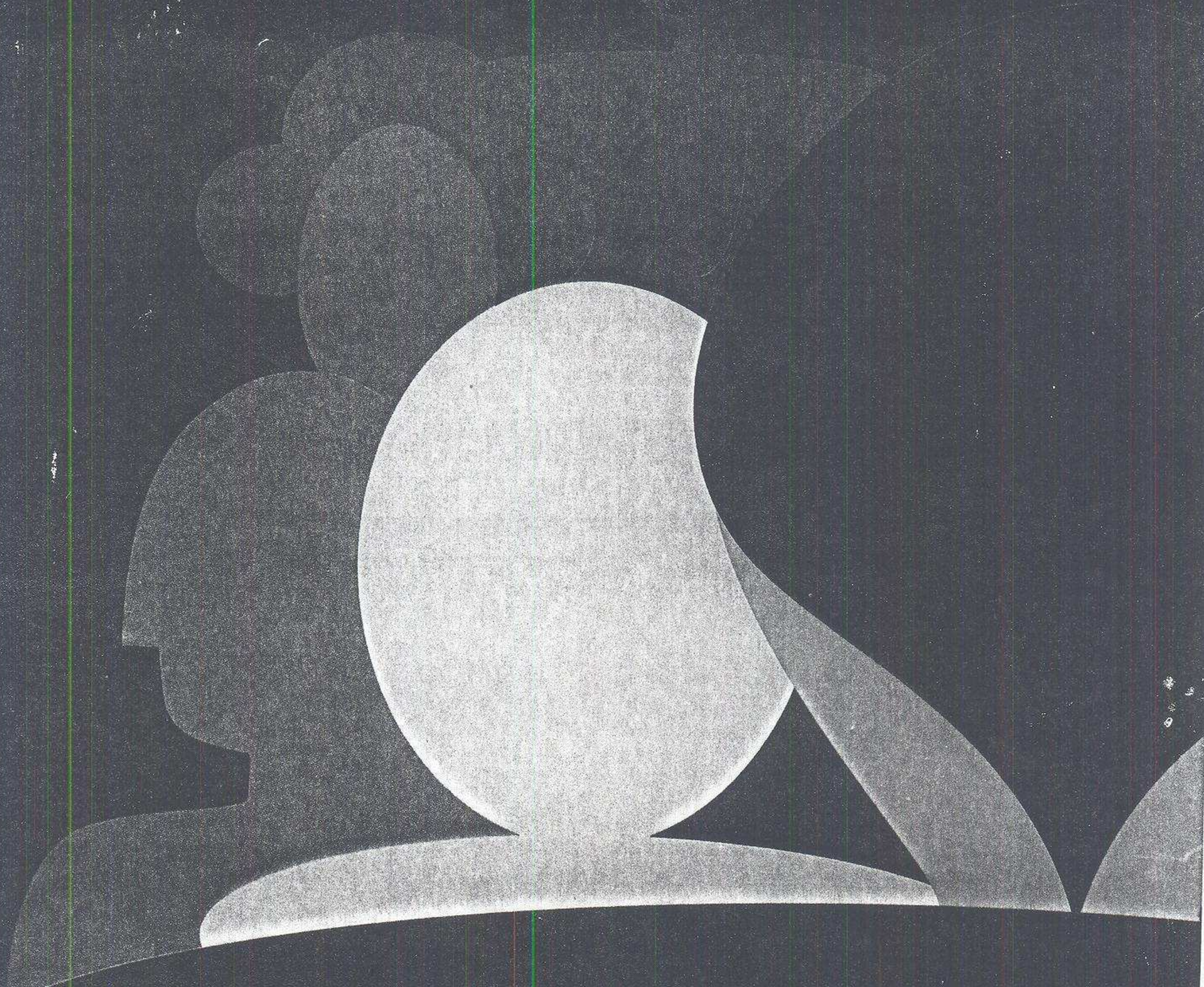
COLECCIÓN LOS TAVARES DE 1993

PICOSPARDO'S

JAVIER GARCIA MAURENO

Premio Lope de Vega 1993

1180201
1020811
19/nov/08
8/mayo/06
APMC
mdvrs c.1



Ayuntamiento de Madrid
Tercera Tenencia de Alcaldía
Concejalía de Cultura y Medio Ambiente

El Premio Lope de Vega que, como dice Antonio Gala, tiene algo así como un «mal faro que la desgracia común conjurará» fue concedido, en su convocatoria correspondiente a 1993, a Javier García Mauriño por esta obra en que se rinde un tal vez excesivo tributo a una demasiada inmediata sociedad, representada aquí en el exceso máximo que son sus numerosos personajes. Como «obra de personajes» la define su autor, y eso sin duda es, pero en un grado tan alto y tan intenso que el público se siente atosigado por la multiplicada maraña de los mismos y por su aparición casi en simultaneidad. Personajes «simples» -que «viven dominados por prejuicios, poseen escasa cultura, tienen una forma convencional de entender» la existencia, «hablan de lo que no saben y emiten juicios» al dictado de una «presión social cruel»- son los agentes de este bien construido drama que se resuelve con linealidad y se relativiza con humor. Sobre su fondo quedan los efectos de la doble moral y la inocente culpa en que quiere ocultarse o enterrarse su lacra.

Javier García Mauriño objetiva aquí una cuestión social: un tema considerado casi como tabú y que ha tratado también Jaime Salom. La novedad de «Picospardo's» no reside, pues, en su materia sino en su memoria: en el tratamiento social de la cuestión: en el modo en que la viven los estamentos, la prensa, la sanidad y la familia; y en la forma teatral en que Javier García Mauriño objetiva sus diversos planos y sus distintos modos de vivencia, de idea y de visión. Sin embargo, aunque la obra se define por el tema, se constituye -y se constituye sólo-

Por
JAIME
SILES



PICOSPARDO'S

por su sistema de representación, que, en este caso, se limita a un espacio único y al modo en que lo viven instancias distintas y existencias diversas. Javier García Mauriño aglutina la acción en un hospital y la ciñe al teatro del mundo que puede ser y es su servicio de urgencias. A ese espacio frío -dominado por enfermeras autónomas, batas blancas o verdes, llamadas de teléfono y órdenes impuestas por un altavoz- van llegando una serie de personas convocadas por su relación, más o menos directa, con las víctimas de un terrible accidente; el desmoronamiento del techo de un club cuyo nombre es «Picospardo's».

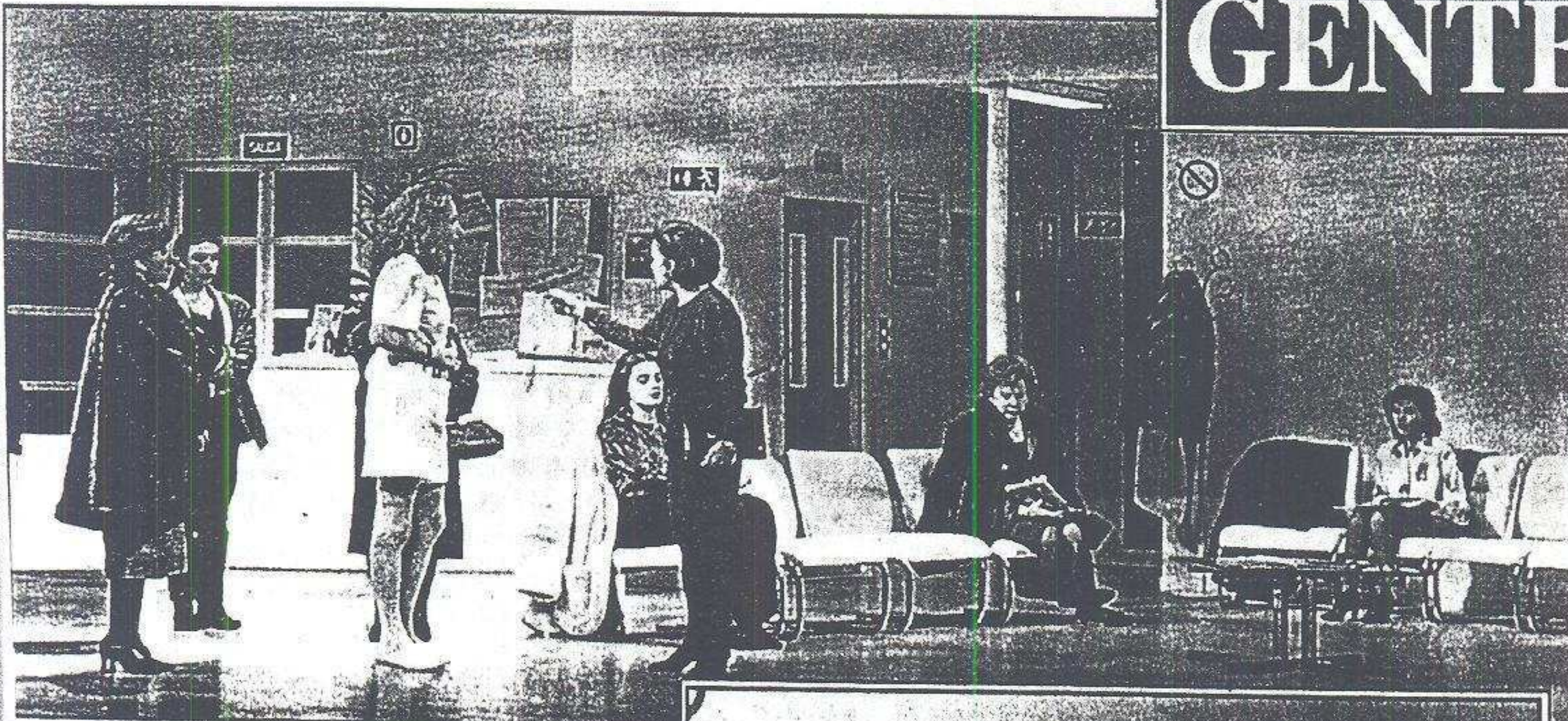
Todas las víctimas son hombres, y todas las personas que llegan a interesarse por el estado de los heridos son mujeres. Se inicia así una reunión dramática generadora de diálogos articuladores de la acción escénica. La visualización del espacio -y, sobre todo, la percepción simultánea de los distintos planos que hay en él- tiende a ser excesivamente cinematográfica y, en algún momento, el escenario parece reducirse a las condiciones y hábitos perceptivos impuestos por y propios de la televisión. Este empobrecimiento de las profundas capacidades de la escena actúa sobre la retina y depaupera tanto las

ópticas posibilidades del teatro como entorpece la realidad y participación del espectador, al que se ofrece un serial más que un espectáculo. En los primeros momentos de la obra es donde más se acusa la huella y el influjo de Anouilh: sobre todo, cuando las mujeres buscan entre ellas una complicidad y su conversación se convierte en una confidencia. Lo que sirve de denominador común a los diálogos: sobre todo, como directa e indirecta caracterización. Las mujeres -que son los únicos personajes activos de la obra- canalizan sus quejas por la crítica pero la expresan desde el tópico. El tópico se convierte en el centro de su conversación. Incluso en el diálogo madre-hija el tópico llena todo cuanto en el pensamiento es un vacío.

García Mauriño subraya esta desidentidad de nuestro tiempo al hacer ver que la nada, disfrazada de lenguaje, conforma un alto porcentaje de lo que se supone es intercambio, palabra y comunicación. García Mauriño muestra esto y la «violación de la intimidad de las personas» practicada por los periodistas; establece entre ambas una irónica contraposición que duplica la eficiencia del contraste: en un caso, el lenguaje es tan plano que no hay comunicación; en el otro, los medios de comunicación son

tan hiperactivos que no transmiten sino su mal gusto, su morbosidad y su absoluta falta de delicadeza. Pronto se sabe de qué naturaleza es el local cuya techumbre se ha derrumbado. El público lo intuye, y la televisión lo exclama. Algunas de las mujeres no lo sabían; otras no lo saben; y alguna no lo quiere saber. Todo el primer acto sirve para encauzar la condición de un drama que en el segundo -y sólo en parte de él- se dramatiza, y que, con gotas de temura y de humor, en casi todo él se suavizará. Las diferentes clases sociales que aquí se ven envueltas, reaccionan de muy distinto modo ante un hecho que les es común. García Mauriño distingue las reacciones de la aristocracia, la alta y la pequeña burguesía, el proletariado y la marginalidad; y caracteriza su expresión, su tono y su lenguaje. En algún punto hay una ósmosis de discursos y, en otros, una permeabilidad de historias.

Tres figuras son ajenas a la acción: dos porque funcionan como versión degradada de las parcas (Justa y Pastora, ambas representadas por Paloma Paso y Mari Begoña muy bien) y otra porque permanece muda desde el principio hasta el final y con un mutismo funcionalmente convincente, porque su silencio en alza supone el contra- espejo mismo del despilfarro de lenguaje en baja: es su contramodelo y su reinversión. Veinte personajes parecen demasiados: parecen y lo son. «Picospardo's» no necesita tantos. Salimos a la calle con una imagen clara: la ofrecida por el magisterio de Vicki Lagos, Encarna Abad, Aurora Bautista, Flavia Zarzo, Julia Martínez y Queta Claver. Eso y la escenografía de Barajas. ¿Y la dirección?: ¿La dirección? ■



«Picospardo's», una gran comedia de mujeres con los hombres al fondo

POR razones tanto presupuestarias como de dificultades de montaje, el teatro de nuestros días suele reducir al mínimo la nómina de personajes que en cada obra se asoman al escenario; los ledos de una mano suelen bastar para contarlos. Un nuevo autor se ha atrevido a reunir en escena en una misma plaza nada menos que veinte actrices, una arriesgada propuesta premiada recientemente por el éxito, pues son a cinco los meses que lleva en cartel, en el madrileño teatro Español, «Picospardo's», la obra de Javier García Mauriño que obtuvo el premio Lope de Vega en 1994.

Pero no sólo por la audacia de haber reunido a tantas actrices merece la pena subrayar la buena trayectoria de este estupendo montaje. «Picospardo's» es una magnífica comedia de original trama y al menos innovador desarrollo. Está bien construida, bien dirigida y magníficamente interpretada. Emociona, entretiene y divierte. Cualidades todas ellas que, por desgracia, es bastante infrecuente hallar encetradas en una sola obra.

Trazaremos mínimamente el argumento, sin anticipar ni revelar más de lo necesario para no chafar al espectador el disfrute de los hallazgos que él mismo irá advirtiendo. Las 22 mujeres coinciden en la espera de una clínica

en la que se está atendiendo a distintos hombres, víctimas de un accidente ocurrido poco antes en un equivoco local de la ciudad. Son madres, esposas, amigas de los heridos, de los que poco a poco se descubre un dato, son homosexuales. Con ellas se cruzan enfermeras, periodistas, curiosas... Un variopinto y plural pequeño universo de mujeres de diferentes edades y condiciones sociales que le sirve al autor para realizar ajustados apuntes de diversos caracteres femeninos en ese período de tensa y dolorosa espera, acribillada en muchos casos por la sorpresa al descubrir las ocultas tendencias sexuales de las víctimas.

Mara Recatero ha dirigido con muy buen tacto esta obra tan llena de matices, que va de lo cómico a lo dramático sin perder el equilibrio, que pasa en perfecta transición de la risa a la angustia. Las actrices están todas muy bien, y, aunque es difícil destacar a unas sobre otras en este sólido reparto, citemos a Julia Trujillo, Mari Begoña, Maru Valdivielso, Julia Martínez, Aurora Bautista, Vicky Lagos, Pilar del Río o Milena Montes, por dar algunos nombres. «Picospardo's» es una lección de buen teatro, audaz e inteligente, que no necesita jugar con la provocación gratuita para lograr sus objetivos.

Enrique ASENJO



«Picospardo's», la obra de García Mauriño que se representa con éxito desde hace cinco meses en el teatro Español, es una magnífica comedia de original trama y no menos innovador desarrollo. Está bien construida, bien dirigida y magníficamente interpretada. En las imágenes, dos escenas de este montaje, en el que intervienen veinte actrices

Fotos: Jaime García

Buenos 791-0191

PICOSPARDO'S

Obra de teatro original de Javier
García-Mauriño Múzquiz.



JAVIER GARCÍA-MAURIÑO

JAVIER GARCÍA-MAURIÑO

Madrileño. 46 años. Licenciado en Ciencias de la Información (Rama Imagen). Su primer contacto con el teatro es en el año 1970 como director en grupos independientes universitarios.

En 1975 inicia su actividad cinematográfica participando en más de quince cortometrajes, de los que escribe y dirige seis, obteniendo premios en Madrid,

Calviá, Huesca, Alcalá de Henares y Málaga.

Colabora con Radio Exterior de España (Servicio de Transcripciones) en la elaboración de guiones de contenido cultural y carácter didáctico para sus programas de intercambio internacional. Con uno de estos programas obtiene el Premio SIMO de Periodismo Radiofónico 1983.

Durante dos años colabora con Filmoteca Española en tareas de documentación.

Escribe guiones para vídeos de contenido industrial y didáctico destinados a la empresa privada e instituciones públicas.

En 1987 es nombrado Director del Festival de Cine de Huesca, que abandona ese mismo año. Jurado en distintos festivales de cortometraje.

Realiza trabajos de supervisión de doblaje y sonorización para Televisión Española.

Colaborador en algunas publicaciones con entrevistas y artículos sobre temas teatrales.

Es co-guionista de los largometrajes «EL ELEGIDO» de Fernando Huertas y «SIETE MIL DIAS JUNTOS» de Fernando Fernán Gómez.

En 1994 obtiene el Premio Lope de Vega de Teatro 1993 con la obra «PICOSPARDOS».

Esta obra se estrenó en el Teatro Español el 27 de abril de 1995 con el siguiente

REPARTO:

CHARO (Asistente social)	MARU VALDIVIELSO
LUCIA (Enfermera)	PILAR DEL RÍO
BEATRIZ (Señora que llora y no habla)	BELÉN MARTÍN
RECEPCIONISTA 1ª (Joven moderna)	CHARO VÁZQUEZ
LOLA (Esposa algo simple)	JULIA TRUJILLO
JULIA (Madre resignada)	QUETA CLAVER
ISABEL (Señora superficial)	JULIA MARTÍNEZ
ELENA (Hija de Isabel)	ENCARNA GÓMEZ
FÁTIMA (Enamorada en vano)	NURIA SOLER
ANTONIA (Ama servicial)	ENCARNA ABAD
VICTORIA (Gran señora)	AURORA BAUTISTA
CLARA (Aprovechada ordinaria)	MARÍA JESUS SIRVENT
REDONDA (Hermana de Clara)	VICKY LAGOS
LINA (Periodista)	MILENA MONTES
JUSTA (Hermana de Pastora)	PALOMA PASO JARDIEL
PASTORA (Hiena)	MARI BEGOÑA
ENFERMERA 1ª (Joven)	ROXANA ESTEVE
ENFERMERA 2ª (Otra joven)	GEMMA ROMERO
PERIODISTA (Ave de rapiña)	SILVIA LURIEÑA
RECEPCIONISTA 2ª (Joven moderna)	PILAR CERVANTES

FIGURACIÓN:

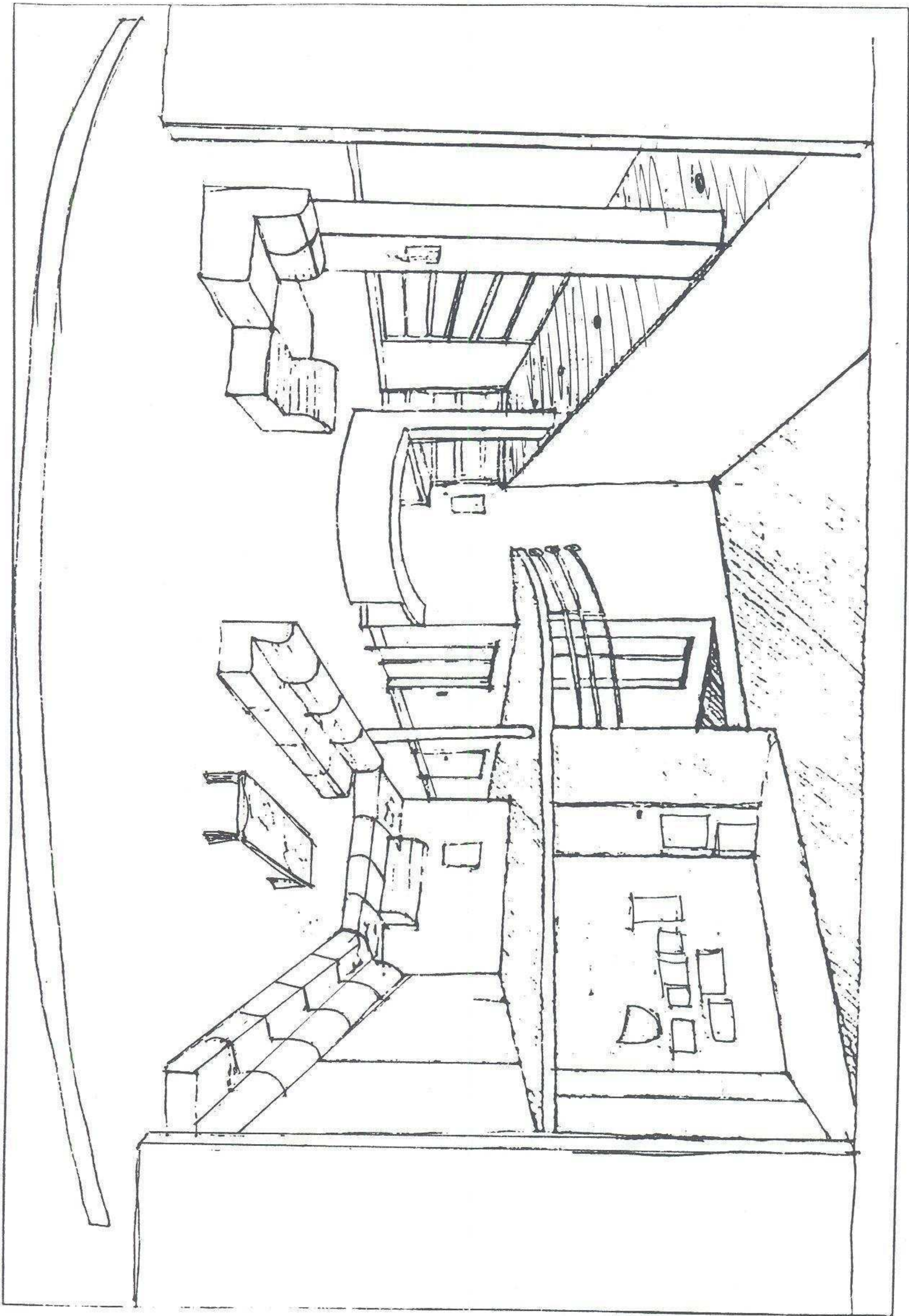
ISABEL CISNEROS, CARMEN SANZ, LALI MÉNDEZ, MANU SPLA, ÁLVARO ARMENTIA, JUAN MANUEL RODRÍGUEZ, RAFA ORTIZ Y CARLOS SORIA.

EQUIPO ARTÍSTICO:

DIRECCIÓN	MARÍA RECATERO
ESCENOGRAFÍA	ALFONSO BARAJAS
ILUMINACIÓN	EQUIPO TEATRO ESPAÑOL
VESTUARIO	MARA RECATERO
DISEÑO GRÁFICO	ALFONSO BARAJAS
AYUDANTE DIRECCIÓN	ANA GONZÁLEZ
2º AYUDANTE DIRECCIÓN	GEMA LOPEZ

EQUIPO TÉCNICO:

REALIZACIÓN DECORADO	ENRIQUE LÓPEZ
EFFECTOS DE SONIDO	EQUIPO TEATRO ESPAÑOL
PELUQUERÍA	VIUDA DE RUIZ
MAQUILLAJE	MILAGROS PASCUAL
ATREZZO	MATEOS
FOTOGRAFÍAS	JESÚS ALCÁNTARA



PICOSPARDO'S

El espacio escénico representa un complejo hospitalario vetusto y poco acogedor. Maderas pintadas de blanco que ya amarillean y puertas de cristal esmerilado delimitan las estancias. Feos tubos fluorescentes iluminan la escena.

En el conjunto se aprecian tres áreas claramente definidas: un pequeño despacho decorado con gran sencillez; muebles viejos y funcionales. Un vestíbulo por el que se entra a la clínica desde la calle; en el vestíbulo, las puertas de un ascensor y la recepción, atendida por una joven que escucha la radio con sus auriculares; lee tebeos y masca chicle. Y una sala de espera en la que se amontonan sillas de diferentes estilos, tresillos y un par de mesas con revistas. El conjunto da la sensación de abandono y fealdad.

Las estancias son independientes y están situadas en diferentes puntos del hospital, aunque las tres quedan a la vista del espectador de forma que, en un momento determinado, pueda verse, simultáneamente, la acción que se lleva a cabo en cada uno de los tres espacios. Junto a la recepción hay un teléfono público.

La iluminación de los distintos puntos vendrá determinada por las necesidades dramáticas y por la funcionalidad expresiva de la acción.

Sobre el oscuro se escucha la sirena de una ambulancia. Al cabo de unos instantes se iluminan el despacho, la recepción y el vestíbulo con una luz muy tenue. La sala de espera permanece a oscuras.

ESCENA 1

Lucía, una enfermera joven y guapa, muy preocupada por su aspecto, y forma de ser simple, cruza decidida el vestíbulo. Sale de escena.

Charo es la asistente social del centro sanitario. Está sentada tras su mesa de trabajo. Viste una bata blanca abierta sobre su traje de calle. Tiene unos treinta años, es bastante convencional de carácter y cumple con eficacia su actividad laboral. Lucía llega a la puerta del despacho y la golpea con los nudillos.

CHARO: ¡Adelante!

Lucía entra. Lleva dos carteras y algunos papeles que pone sobre la mesa de Charo; ésta les echa un vistazo con una mano, mientras con la otra sostiene el auricular del teléfono, esperando respuesta a una llamada. La iluminación del despacho alcanza toda su intensidad.

LUCIA: ¡Vaya nohecita!

CHARO: *(Mientras cuelga el teléfono)*. No contestan.

LUCIA: Toma, dos más. Son los últimos.

CHARO: ¿Cómo andan abajo?

LUCIA: De cabeza. Hay dos que no saben si los van a poder sacar adelante. (*Señalando los papeles*). Estos dos.

Charo apunta sus nombres en un papel y consulta otros que tiene sobre la mesa.

CHARO: ¿Y Goñi?

LUCIA: Que se sube por las paredes. Le han hundido el fin de semana con la Esteban.

CHARO: Espero no encontrármela el lunes.

LUCIA: Y el asqueroso de Jiménez preguntándome que de qué color las llevo hoy.

CHARO: Sólo piensa en lo único.

LUCIA: Me tiene harta.

Charo vuelve a marcar un número de teléfono mientras Lucía se sienta en una silla.

CHARO: A ver si se jubila de una vez.

LUCIA: Eso es lo que yo querría, jubilarme. ¿Te imaginas? Se acabaron las guardias. Son mi pesadilla.

CHARO: Pues si no fuera por las guardias yo no llegaba al final de mes.

LUCIA: Es por lo único que me compensan. Al menos, mañana domingo libro.

CHARO: Yo el lunes.

LUCIA: No me apetece nada. Prefiero librar entre semana. Los domingos me deprimó tanto que me paso la tarde meando en la discoteca.

ESCENA 2

Entra Beatriz. Es una mujer madura, delgada y elegante. Viste un abrigo de piel y va muy arreglada. Cada cierto

tiempo abrirá el bolso y se tomará una pastilla. Nunca hablará con nadie, tan sólo se entregará al llanto y se dejará dominar por una fuerte congoja. Existe una cierta inconsecuencia entre su cuidado aspecto externo y sus lágrimas incesantes. Beatriz no pronunciará una sola palabra ni se comunicará con nadie a lo largo de toda la acción. Se acerca al mostrador de recepción con lentitud, tranquilamente. La recepcionista no le hace ni caso porque está hablando por teléfono.

RECEPCIONISTA: No sé, no le puedo decir. Si llama más tarde quizá se sepa algo... No, todavía no... Sí, sí a ver, dígame.... No le aseguro nada. Lo mejor es que se pase por aquí... Va a ser difícil pero haré lo posible... Sí... Ya... Sí... haga lo que quiera, yo no sé qué es lo mejor...

La recepcionista no dejará de hablar por teléfono durante las escenas entre Charo y Lucía. Beatriz se aparta del mostrador y se dirige a la sala de espera.

ESCENA 3

Nadie contesta a la llamada de Charo. Cuelga. Revisa las carteras que le acaban de entregar. Saca papeles y documentos, los mira con detenimiento y toma notas. Lucía se levanta de su silla y acaricia la blusa que viste Charo.

LUCIA: Oye, es monísima, no te la conocía. ¿Dónde te la has comprado?

CHARO: Enfrente de casa.

LUCIA: Ayer me fui de compras.

CHARO: ¿Y caerían unos zapatos?

LUCIA: Son preciosos y comodísimos, un poco caros, pero, mira chica, es un capricho.

CHARO: ¿Tienes sitio para tantos?

LUCIA: Mi madre está que se sube por las paredes. Que si nos vamos a tener que salir de casa, que para qué los quiero si después no uso ni la mitad.

CHARO: ¿Cuántos pares tienes ya?

LUCIA: Con los de ayer ochenta y dos.

CHARO: ¿Y te parecen pocos?

LUCIA: Una manía como otra cualquiera.

CHARO: Eres un poco exagerada.

LUCIA: ¿Exagerada yo?

CHARO: ¿Qué haces para tenerlos limpios?

LUCIA: Se encarga mi madre. Yo no tengo tiempo.

CHARO: Ay hija, qué cómoda.

LUCIA: A cambio, todos los días le llevo dos trufas y le digo: toma, para que te pongas como una foca. Y ella encantada. Cuando acaba de hacer la casa se aburre. No sale a nada, se imagina que le van a atracar a la vuelta de la esquina. Así, al menos, se entretiene limpiando zapatos.

Charo sigue marcando números de teléfono pero no logra hablar con nadie.

ESCENA 4

Entra Lola con decisión, nerviosa. Inmediatamente se acerca a la recepcionista que sigue hablando por teléfono. Lola está en torno a los cincuenta años y se viste y peina con gran sencillez. Su gesto refleja una honda preocupación. Es una buena mujer a la que le sobra ingenuidad o quizá cubre sus ojos con un imaginario velo que le impide ver las cosas que pasan a su alrededor.

RECEPCIONISTA: Sí, varios... Supongo que sí, pero todavía no se sabe nada... No... No, aún no... Depende... Sí, a cualquier hora...

LOLA: Señorita, Juan López Sanz, ¿en qué habitación está? Juan López Sanz.

La recepcionista le hace un gesto con la mano de que espere.

RECEPCIONISTA: Sí, sobre la una... De momento no... Es posible... Yo más no le puedo decir. Todavía es pronto... No lo sé, lo mismo en media hora como mañana por la mañana...

LOLA: Juan López Sanz, ¿en qué habitación está, señorita? *(Para sí)* Qué le ha podido pasar a este hombre.

La recepcionista vuelve a hacerle un gesto de que espere.

RECEPCIONISTA: Aguarde en la sala de espera. *(Vuelve al teléfono)*. No, no creo... Por ahora no hay otra solución...

A pesar de la ininterrumpida conversación de la recepcionista, Lola no se aparta del mostrador.

ESCENA 5

Charo cuelga de nuevo el auricular.

CHARO: No cogen el teléfono en ningún sitio. ¿Sabes que, a lo mejor, Miguel y yo lo dejamos?

LUCIA: ¿Qué me dices?

CHARO: Me aburre. Ya ni hablamos. Nos pasamos las horas muertas en silencio.

LUCIA: ¿Lo has pensado, Charo? Mira que Miguel está bien situado y haces con él lo que te da la gana.

CHARO: Me da igual.

LUCIA: ¿Se lo has dicho?

CHARO: Sí.

LUCIA: ¿Y qué dice?

CHARO: Pues que no quiere, que me necesita y cosas por el estilo.

LUCIA: (*En tono lastimero*) Animalito. El pobre tiene que estar tan hecho a ti. ¿Cuántos años lleváis ya?

CHARO: Cinco.

LUCIA: ¿Y no te da pena?

CHARO: Se pasa el día diciendo que no se va a acostumar a vivir sin mí, que me quiere y que va a cambiar. Pero siempre que discutimos me dice lo mismo.

LUCIA: Miguel nunca tuvo mucha imaginación.

CHARO: Ya le he dicho que se vaya buscando casa.

LUCIA: Pobrecillo, lo dejas en la calle.

CHARO: Yo creo que es por eso por lo que quiere seguir.

LUCIA: Es que tienes una casa monísima. A mí tampoco me apetecería irme.

CHARO: ¿Pero tú crees que se puede mantener una relación sólo porque el piso es mono?

LUCIA: Desde luego. Y por cosas mucho más tontas, como quién se queda con la «tele».

CHARO: Pues no lo entiendo.

LUCIA: Yo sí. De un hombre puedes esperar cualquier cosa. Son todos iguales: unos egoístas. Sólo piensan en ellos, van a lo suyo. Si tú quieres conquistar a un hombre, sólo tienes que hacer una cosa.

Charo toma de nuevo el auricular y hace una llamada.

CHARO: ¿Ah, sí? ¿Qué?

LUCIA: Admirarle. Sea lo que sea, tú admírale y harás con él lo que quieras. Son unos pavos reales.

CHARO: Es todo tan complicado.

LUCIA: Menos de lo que te imaginas.

CHARO: ¿Tú crees que hago bien?

LUCIA: Si lo vuestro no funciona...

Nadie responde a la llamada de Charo y cuelga.

CHARO: No contestan.

LUCIA: Esta vez llaman menos que cuando lo de la discoteca.

CHARO: Ha sido más tarde. ¿Has oído algo por radio?

LUCIA: No he tenido tiempo. ¿Cómo ha ocurrido?

CHARO: Sólo sé lo que ha dicho la Policía Municipal al darnos la lista.

LUCIA: ¿Has localizado a alguien?

CHARO: Sí, a varios.

LUCIA: ¿Y vienen hacia aquí?

CHARO: Supongo.

LUCIA: Te dejo porque me voy a deprimir.

CHARO: Estoy hecha a la idea.

LUCIA: Qué fuerte eres, hija.

Lucía se levanta y se dispone a salir.

LUCIA: Te veo.

CHARO: Adiós.

Lucía sale del despacho.

Charo coge el teléfono y vuelve a marcar.

ESCENA 6

Por la puerta que comunica el vestíbulo con el exterior entra precipitadamente una mujer. Se llama Julia, es atractiva y de mediana edad, viste bien y se aprecia en ella un cierto desaliño propio de la hora que es, y de la urgencia

con la que ha debido de salir de casa. Tras unos momentos de desorientación se dirige al mostrador de recepción.

JULIA: Señorita, me acaban de llamar. Me han dicho que tienen aquí hospitalizado a mi hijo. ¿Qué es lo que le ha pasado? Se llama Alfredo Vela Martín.

RECEPCIONISTA: Un momento, por favor.

La recepcionista marca un número en la centralita para hablar con Charo, pero comunica.

Simultáneamente a las preguntas que hace Julia, entran Isabel y Elena. Isabel es una mujer madura de clase media alta. Va sorprendentemente arreglada y bien vestida para la hora que es. Le gusta la vida social, vive de cara al exterior y es dada a analizar las cosas de manera superficial y tópica. A Isabel le acompaña Elena, su hija. Tiene unos veinticinco años. Es físicamente agradable, viste ropa cara y elegante, con aire juvenil pero conservador. Su imagen es la de una niña bien. Se ha educado en colegio de monjas. Los nervios que muestra son reflejo de su carácter y de la situación. Se toma las cosas muy a pecho.

ISABEL: (A la recepcionista, interrumpiendo a Julia) Señorita, ¿qué ha pasado que nos llaman en plena madrugada con la historia de que tienen aquí hospitalizado a mi yerno? Soy la señora de Gómez. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Elena, muy afectada, se limita a refugiarse en los brazos de su madre. La recepcionista la mira pero no le responde pues insiste en hablar con Charo sin conseguirlo. Lola pregunta a la recepcionista.

LOLA: Señorita, señorita. ¿Qué le ha pasado a Juan López Sanz? Señorita, señorita.

Aparece Charo en el vestíbulo, saliendo del ascensor.

La recepcionista, al verla, la señala con el dedo, con intención de quitarse a aquellos seres atribulados de encima.

RECEPCIONISTA: ¡Pregúntenle a ella! ¡A ella!

Las cinco mujeres se vuelven, y se dirigen ansiosas a Charo, que en un momento la rodean.

JULIA: ¿Qué es lo que ha pasado?

LOLA: Juan López Sanz, Juan López Sanz. ¿Cómo se encuentra?

ISABEL: ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué nos llaman a estas horas?

Estas frases las repiten una y otra vez.

CHARO: (Con autoridad) Cálmense, cálmense. Guarden un poco de silencio.

Las cinco mujeres callan de pronto. Charo ha dicho la frase de forma imperativa, lo que produce el efecto esperado.

Fátima entra en el vestíbulo; es joven, de la edad de Lucía, con aspecto moderno que se concreta en su forma de vestir y en la manera de peinarse.

Parece serena, pero se aprecia tensión en su rostro. Se une al grupo en el momento en el que Charo empieza a explicar lo que ocurre.

CHARO: Soy la asistente social de la clínica. Voy a tratar de darles toda la información que tengo, que no es mucha.

JULIA: ¿Qué es lo que ha pasado?

Las mujeres, en tensión, escuchan con interés e inquietud.

CHARO: Sólo les puedo decir lo que nos ha dicho la Policía Municipal. Ha habido una explosión en un local y se ha desplomado el techo sobre la gente que había allí. A es-

JULIA: Alfredo Vela Martín. ¿Podría mirar, señorita?

ISABEL: Que alguien nos diga algo. ¿Qué es lo que ha pasado? Señorita, avise al director.

ELENA: ¡Mamá, espera!

Todas las mujeres hablan al mismo tiempo y repiten una y otra vez las mismas frases. El vestíbulo del centro médico se termina convirtiendo en un guirigay de voces femeninas. La recepcionista está desbordada frente a las insistentes demandas de información. Charo cuelga el teléfono en su despacho.

RECEPCIONISTA: Un momento. Yo no les puedo decir nada.

La recepcionista vuelve a llamar. El teléfono suena en el despacho de Charo.

Descuelga.

CHARO: ¿Sí?

RECEPCIONISTA: Charo, baja enseguida.

CHARO: Voy.

Cuelga el teléfono. Coge unos papeles que tiene sobre su mesa, se levanta y sale del despacho y de escena.

JULIA: Señorita, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Por qué tienen aquí a mi hijo?

ISABEL: Quiero ver al director. Soy la señora de Gómez. Que alguien nos informe. ¿Qué es lo que ha pasado?

LOLA: Me han llamado hace media hora. ¿Está muy mal? ¿Puedo verle? ¿Cómo ha sido?

Todas las mujeres hablan al mismo tiempo y apenas se entiende lo que dicen.

Repiten una y otra vez las mismas preguntas.

RECEPCIONISTA: ¡Hablen más bajo!

Beatriz continúa llorando junto a las demás, sin decir nada.

ta clínica han traído a doce heridos a los que están tratando en estos momentos. Aún no conocemos cuál es el estado de gravedad de cada uno de ellos, pero conforme se vaya sabiendo se lo comunicaremos. De acuerdo con las instrucciones que nos han dado, hemos avisado a los familiares de aquellos a los que se ha logrado identificar, por los datos encontrados en sus carteras o en papeles y tarjetas. Cualquier cosa que quieran saber, cualquier problema que tengan, sepan que pueden consultarme. Antes de una hora tendré los primeros partes. Y ahora, si quieren esperar, estarán más cómodas en esta sala.

Charo se dirige hacia la sala de espera que tiene su entrada por el mismo vestíbulo. Acciona una llave y se encienden las luces.

CHARO: Me hago cargo de su estado de ánimo, pero les recuerdo que están en una clínica, así que por favor, hagan el menor ruido posible. Acomódense lo mejor que puedan y si necesitan cualquier cosa no tienen más que avisarme.

Las mujeres entran en la sala. Charo sale seguida por Lola que, con gran inquietud, le pregunta mirándola fijamente a los ojos.

LOLA: Señorita, mire usted si Juan López Sanz está entre los heridos de ese local o se trata de otro accidente.

Charo consulta sus papeles.

CHARO: Sí, es uno de ellos.

LOLA: ¿Está segura?

CHARO: No creo que haya confusión.

LOLA: ¿No es posible que se hayan mezclado los heridos de accidentes distintos, por ejemplo, con los de tráfico?

CHARO: Es difícil, pero lo comprobaré.

LOLA: Es que mi marido tiene la tensión baja y cuando se pone en carretera se duerme al volante.

CHARO: Ya.

Julia, al ver hablando a las dos mujeres, se acerca.

JULIA: ¿Cuándo se les va a poder ver, señorita?

CHARO: No le puedo decir; eso depende de los médicos.

JULIA: ¿A qué hora ha sido el accidente?

CHARO: No lo sé con seguridad, pero hará unas dos horas.

JULIA: ¿Dónde hay un teléfono?

CHARO: En recepción.

JULIA: Gracias.

Charo cruza el vestíbulo y sale de escena.

Las mujeres que han permanecido espectantes ante las respuestas de Charo entran en la sala y se sientan. No hablan entre ellas ni se miran. Están aturdidas, es de madrugada y las acaban de sacar de la cama. Sólo saben que un miembro de su familia ha tenido un accidente y está siendo atendido en ese centro hospitalario.

A Elena le cuesta dominar los nervios, no se separa de su madre que se interesa por el sitio en el que están.

ISABEL: Son capaces de tenernos aquí esperando toda la noche. En un sitio tan feo. ¿Luis no es de una sociedad?

ELENA: No lo entiendo. Ayer me llamó desde Barcelona y me dijo que no venía hasta el lunes.

ISABEL: Habrá adelantado el viaje. *(Pasa un dedo sobre una mesa, lo retira y se lo restriega con asco).* Todo lleno de polvo. ¡Qué asco!

ELENA: El último vuelo del puente aéreo sale de Barcelona tarde pero no tanto como para llegar a Madrid y no pasar por casa a recogerme.

ISABEL: De eso no te fíes, se habrá retrasado; ya sabes cómo funcionan aquí los transportes públicos. Acuérdate del día que se le averió el coche a tu padre; tardamos, en autobús, tres horas en llegar a El Escorial.

ESCENA 7

Julia ha preguntado a la recepcionista por un teléfono. Esta se lo indica. Al llegar junto al aparato se da cuenta de que no lleva monedas. Vuelve al mostrador y entrega un billete de mil pesetas.

JULIA: ¿Tiene cambio?

RECEPCIONISTA: Sí, señora.

La recepcionista le da el cambio. Julia vuelve al teléfono. Introduce las monedas en el aparato y marca un número.

ESCENA 8

Isabel y Elena continúan su conversación.

ELENA: ¿Qué haría a esas horas por ahí?

ISABEL: Elena, hija, que la antigua se supone que soy yo. Le habrán llamado de Madrid para ver con urgencia a alguien o para una de esas reuniones secretísimas que tiene de vez en cuando. Ya sabes, una cena y después la copa.

ELENA: Podía haberme llamado.

ISABEL: ¿Pretendes controlar a tu marido las veinticuatro horas del día?

ELENA: No, pero últimamente le noto raro.

ISABEL: ¿Raro?

ELENA: Como si ocultara algo.

ISABEL: Una amiguita.

ELENA: Mamá, por favor.

ISABEL: ¿Cómo te diría, Elena? No creo que haya mujer en el mundo que no sepa lo que es eso. Si yo te contara... Los hombres son volubles, inestables. Si quieres conservarlos junto a ti tienes que darles alas para que vuelen a su antojo. No los coartes, que no se sientan atrapados. Y mientras ellos se vean libres tú haces lo propio. Los hombres se cansan enseguida de lo que tienen al lado.

ELENA: Llevamos un año casados. Y somos felices.

ISABEL: Felices, hija mía; qué joven eres todavía.

ESCENA 9

Coincidiendo con el final del diálogo entre Isabel y Elena, Julia inicia su conversación telefónica.

JULIA: Alfredo, soy Julia... Nada, de momento no se sabe nada. Por lo que nos han dicho debe estar en quirófano... No, ¿por qué?... *(Largo silencio)* Me lo imaginaba... Bueno, no te pongas así. No creo que te sorprendas a estas alturas... Ya lo sé, o es que te crees que para mí es un plato de gusto... Sobre eso hemos hablado miles de veces, y sabes que es inútil darle vueltas... ¿Cómo quieres que me lo tome? *(Empieza a llorar)* No digas barbaridades. Cuando te pones así es imposible hablar contigo... Anda, hazte una tila y acuéstate, que mañana tienes que madrugar... ¿Yo? No, yo estoy bien. No, no te preocupes, no es necesario. ¿Las niñas siguen durmiendo? Acuéstate tú, cariño, y descansa. En cuanto sepa algo te llamo. *(Lucha por contener el llanto, pero apenas puede reprimirlo)* Yo también a ti, ya lo sabes, aunque de vez en cuando necesito que me lo digas. Adiós, adiós.

Julia cuelga, y llora con enorme desconsuelo, pero sin descomponerse. No tiene ánimos ni para moverse. Permanece unos instantes en silencio, se limpia las lágrimas con un pañuelo y se sienta en el vestíbulo.

ESCENA 10

Isabel sigue tratando de tranquilizar a Elena.

ELENA: No entiendo lo que ha pasado.

ISABEL: Lo que tienes que hacer es ver las cosas de otra manera, cariño; y algunas no verlas. Cuando hay amor, verdadero amor, todo se perdona, incluso estas pequeñas cosas que, en el fondo, no tienen importancia.

ELENA: Pues yo no puedo con ello. No soporto que me engañen. Si le gusta otra que me lo diga, pero no aguanto que me lo oculte.

ISABEL: Lo hacen todos los hombres, Elena. No sé por qué, Luis, iba a ser diferente, y más siendo guapo y diplomático.

ELENA: Mira, mamá, cállate, porque me estás poniendo más nerviosa de lo que estoy. Si a ti te parece normal que un marido engañe a su mujer, yo no lo puedo soportar.

ISABEL: Desde luego, hija, no sé lo que te enseñaron en el colegio, pero las cosas no son nunca como a uno le gustaría que fuesen.

ELENA: Espero que a la amiguita se le haya aplastado la cabeza.

ISABEL: Pero qué mala eres Elena. A lo mejor la pobre chica es solamente mona, lo explota, y hace bien.

ELENA: Pues que lo explote con otros y no se dedique a

Charo ha entrado en su despacho, se sienta a su mesa, toma notas y de vez en cuando hace alguna llamada telefónica con resultados negativos.

ESCENA II

Entra en la clínica Antonia, ya mayor, gruesa, sencilla y de aspecto modesto. Calza unas zapatillas de gamuza y viste un abrigo de paño negro. Lleva un bolso grande y negro, y se dirige inmediatamente al mostrador. Habla con la recepcionista.

ANTONIA: Señorita, es que me acaban de llamar y me han dicho que viniera enseguida. ¿Cómo ha sido?

La recepcionista, que sigue leyendo con avidez su tebeo, le señala con el dedo la sala de espera.

RECEPCIONISTA: Espere en aquella sala.

ANTONIA: *(Muy sorprendida)*. No, si no quiero ver a nadie. Deben ser ustedes los que quieren verme a mí, porque me han llamado hará cosa de media hora. Vamos, el tiempo de ponerme el abrigo y coger un taxi.

RECEPCIONISTA: *(En tono poco educado, casi agresivo)*. ¡Espere en aquella sala!

ANTONIA: No insisto. Muchas gracias, señorita.

Antonia se encamina hacia donde le ha indicado la recepcionista. Entra con cierta timidez, y mira con curiosidad a las allí reunidas.

ANTONIA: Buenas noches.

No le contesta nadie. Las mujeres permanecen en silencio. Antonia observa con atención. Todas tienen el gesto entristecido. Ante el espeso silencio no se atreve a hablar;

aunque lo está deseando. Se acerca a Beatriz, que sigue llorando, y se sienta junto a ella. Suspira una y otra vez sin que le haga el menor caso. Antonia le mira con insistencia, pero no percibe reacción alguna que suponga un interés por acercarse a ella, o un deseo de establecer una conversación. Antonia no puede más y se pone a hablar:

ANTONIA: Es que tengo un sobresalto, ¿sabe usted? Desde que mi madre, que en paz descansa, se puso tan malita, la pobre, no había sonado el teléfono tan de madrugada. Al principio me cogió tan dormida, porque yo tengo el sueño muy profundo, ¿sabe usted?, que me confundí con el despertador, pero por más que lo paraba seguía sonando. Entonces caí en la cuenta. ¡Qué susto tan grande! Porque a esas horas el teléfono sólo suena para decir desgracias. Era una señorita muy amable que me ha dicho que lo tenían aquí hospitalizado. He ido a su habitación y no estaba. Me ha dado un vuelco el corazón y me he imaginado lo peor. Me he puesto el abrigo, he cogido un taxi y aquí estoy. ¿Sabe usted lo que ha pasado?

Beatriz no le responde y continúa entregada a su llanto.

ESCENA 12

Lola ha salido de la sala de espera y también va a llamar por teléfono.

LOLA: No, no sé nada todavía... Alguna imprudencia... Sí, los fines de semana la gente va como loca... También, pero se lo he dicho mil veces, y ya sabes el caso que me hace... No, no creo...

ESCENA 13

Entra en el vestíbulo Victoria, una mujer de edad avanzada y porte distinguido. En ella se aprecia una honda preocupación que logra contener gracias a su educación y clase. Viste un magnífico abrigo de piel y se apoya en un bastón negro con mango de plata. Llega junto a la recepcionista que sigue enganchada a los tebeos. Coincidiendo con la última intervención de Lola.

VICTORIA: Buenas noches, señorita.

La recepcionista se le queda mirando. Le intimida el aspecto de Victoria por lo que adopta un comportamiento más educado que con Antonia.

VICTORIA: Me acaban de llamar porque tienen aquí internado a mi hijo.

RECEPCIONISTA: ¿Cómo se llama?

VICTORIA: Rodrigo Espinosa Alós.

La recepcionista mira una lista.

RECEPCIONISTA: Sí, aquí está.

VICTORIA: ¿Podría decirme el número de su habitación?

RECEPCIONISTA: Está en el quirófano.

VICTORIA: ¿Qué es lo que ha pasado?

RECEPCIONISTA: Una explosión en un local.

VICTORIA: ¿Está grave?

RECEPCIONISTA: No se sabe nada, todavía.

VICTORIA: Ya.

RECEPCIONISTA: Dentro de una hora se darán los primeros partes. Si quiere esperar, puede hacerlo en aquella sala.
Le señala la sala de espera.

VICTORIA: Muchas gracias.

Con lentitud y solemnidad, dominada por la preocupación, pero sin traslucirlo, camina hacia la sala. En medio

del vestíbulo se detiene y vuelve sobre sus pasos. Habla a nuevo con la recepcionista.

VICTORIA: Perdone, señorita. ¿Hay alguien encargado de la relación entre el hospital y las familias? ¿Alguien con quien se pueda hablar de este asunto?

RECEPCIONISTA: Con la asistente social. En el primer piso, la puerta de enfrente conforme sale del ascensor.

VICTORIA: Gracias.

Victoria, con paso torpe, sigue la indicación de la recepcionista.

ESCENA 14

Lola, nerviosa y angustiada, siente la necesidad de hablar con alguien; y con quién mejor que con quien tiene al lado: Julia.

LOLA: Para mí que es una equivocación. Mi marido es camionero y viaja mucho. Tiene baja la tensión y se duerme al volante. ¡Cuidado que se lo tenía dicho! Mírate la tensión antes de ponerte en carretera, pero como si le hablara a la pared. Ya sabe cómo son los hombres, tercos como mulas. Algún día tenía que pasar esto. Estoy segura de que ha tenido que ser con el camión. ¿Y lo suyo de usted?

JULIA: Un hijo.

LOLA: ¿Único?

JULIA: No, tengo tres más.

LOLA: Es un consuelo.

ESCENA 15

Suenan unos golpes en la puerta del despacho de Charo, que sigue revisando papeles y tomando notas.

CHARO: Adelante.

Entra Victoria.

VICTORIA: Buenas noches. ¿Es usted la asistente social?

CHARO: Sí.

VICTORIA: ¿Podría hablar con usted un momento?

CHARO: Pase y siéntese.

VICTORIA: Gracias.

Victoria entra, se acerca a una silla colocada al otro lado de la mesa de Charo y se sienta con las dificultades propias de una persona de su edad.

VICTORIA: Lo primero que me gustaría saber es cómo está mi hijo.

CHARO: ¿Cuál es su nombre?

VICTORIA: Rodrigo Espinosa Alós.

Charo consulta unos papeles que tiene sobre la mesa.

CHARO: Sí, Rodrigo Espinosa. *(Pone gesto de circunstancias)*. No puedo darle buenas noticias. Es uno de los que ha ingresado en estado más grave aunque estamos a la espera del parte definitivo.

Victoria no se inmuta.

ESCENA 16

Lola se desahoga con Julia.

LOLA: Yo no he tenido hijos. A mi marido no le gustan los niños. Dice que sólo traen problemas, y yo le digo: mira

Teo, se llama Teodomiro, que cuando me quede viuda voy a ver muy sola, que los hijos hacen mucha compa. Pero nada, ni por esas, son unos egotistas. Y ligüense, a edad, ya es difícil que me embarace.

ESCENA 17

Entran en el vestíbulo Clara y Redonda, ambas en torno los cuarenta años.

Clara es dulce, sensible y afectuosa, tiene maneras suaves e inspira confianza. Viste ropa cara mal conjuntada, carece de gusto y le sobran pretensiones. En realidad es bastante ordinaria y sin escrúpulos.

Redonda, su hermana, es de rompe y rasga, menos exigente en el vestir y todo un carácter. Sus gestos son bruscos y sus palabras, dichas de forma terminante, muestran una inesperada claridad de ideas. Ambas son de muy baja extracción social.

Entran precipitadamente en el vestíbulo. Clara, se enjuga las lágrimas con un pañuelo muy arrugado que lleva en las manos.

CLARA: Francisco Ruiz, señorita. ¿En qué habitación está?

RECEPCIONISTA: Francisco Ruiz... Sí. Esperen ahí.

REDONDA: Gracias.

Las dos mujeres, cogidas del brazo, entran en la sala de espera y se sientan.

ESCENA 18

Lola se abstrae de pronto y hace gestos negativos con la cabeza.

LOLA: Teo no bebe y esta noche venía de Palencia. Tendría que haber sido un local en carretera. Tiene que ser una equivocación.

JULIA: Es muy posible.

LOLA: Ha tenido que ser con el camión. Pero yo quiero que se aclare este asunto, porque si me quedo viuda, la pensión siempre será mejor si se trata de accidente laboral.

ESCENA 19

Victoria continúa su conversación con Charo.

VICTORIA: ¿Podría pedirle un favor?

CHARO: Si está en mi mano...

VICTORIA: En este tipo de accidentes siempre hay gente que se interesa por los nombres de los heridos, sobre todo los periodistas.

CHARO: En efecto. Aquí han llamado ya dos o tres periódicos y un par de emisoras de radio interesándose por los heridos. Creo que incluso van a mandar una unidad móvil.

VICTORIA: ¿Les ha dado los nombres?

CHARO: No.

VICTORIA: De eso se trata. El nombre de mi hijo no debe aparecer, de ningún modo, en este asunto. Si le piden la lista de heridos excluya su nombre, y con más razón si es para publicarla.

CHARO: No le aseguro nada. Hay una lista de ingresos que no se puede alterar y forma parte de la organización interna de la clínica. Por lo que a mí respecta le aseguro que no voy a hacer otro uso de esa relación que el habitual en estos casos. Ahora bien lo que puedan hacer en otras dependencias se me escapa.

VICTORIA: ¿Y no podría controlarse?

CHARO: Imposible.

VICTORIA: *(Se levanta trabajosamente)* Sólo quería pedirle ese favor.

CHARO: Haré lo que pueda.

Victoria abre la puerta del despacho y se dispone a salir:

VICTORIA: Estoy en la sala de espera. En cuanto sepa algo dígamelo, sea lo que sea.

Victoria, entera, y sin derramar una lágrima, sale del despacho y cierra la puerta.

ESCENA 20

La salida de escena de Victoria marca el inicio del diálogo entre Clara y Redonda.

REDONDA: A la Platona, se le ahogó el chico en el pantano, el año pasado. Al tercero de la Desideria, le pegan un tiro en la mili. A la pequeña de la Generosa, se la encuentran, «espatarrá» por sobredosis, en un bar. Y a ti, se te aplasta el Paquito.

CLARA: *(Entre lágrimas)* ¡Qué mala racha! Mi pobre hijo. ¿Y qué voy a hacer ahora?

REDONDA: Lo que ellas: aguantarte y buscarte la vida, que ya le has echado bastante cuento.

CLARA: (*Llorando*). Es que soy muy sensible.

REDONDA: Ya, sensibles somos todas, o es que te crees que a las demás no nos duele lo nuestro. Lo que pasa es que tú tienes más cara que culo y te aprovechas de eso.

CLARA: (*Sigue con su falso llanto*) Con todo lo que estoy pasando y decirme eso. No tienes corazón.

REDONDA: Mira, tú sabes que el Paquito, como si fuese mío, pero no lo es, y bien que lo siento. Le tengo mucho aprecio porque soy su madrina y porque el chico se lo merece. Vale mil veces más que tú. Y no me vengas ahora con caritas de cordera degollá, que tú tienes la culpa de todo lo que está pasando. Lo que haces con él es una canallada.

CLARA: ¡Dios mío, mi pobre hijo!

REDONDA: No te lamentes, que bien que te has aprovechado hasta ahora.

CLARA: Yo no me he aprovechado de Paquito, Redonda.

REDONDA: Si lo que has hecho con el chico no es aprovecharse, que baje Dios y lo vea.

CLARA: Son las cosas, que vienen así.

REDONDA: No me vengas ahora con que no has roto un plato en tu vida.

Victoria entra en la sala de espera. Se cruzan las miradas de las tres mujeres. Es evidente que se conocen.

REDONDA: (*Refiriéndose a Victoria, y hablando con Clara por lo bajo, para que no la oiga*) ¡Anda! ¡La que faltaba! ¡Mira la vieja! ¡Quién te lo iba a decir!

CLARA: Déjala estar.

REDONDA: ¿No le vas a decir nada, ahora que la tienes a tiro?

CLARA: ¿Qué quieres que le diga?

REDONDA: ¿Qué se yo? Lo que se te ocurra. Si sois, casi, como de la familia.

Beatriz continúa llorando sin hacerle el menor caso.

ANTONIA: *(Larga pausa)* ¿Y a usted se le ha muerto alguien?

Beatriz niega y llora.

ESCENA 22

Clara y Redonda continúan enfrascadas en su charla.

REDONDA: Yo que tú me buscaba una casa y me ponía a asistir por horas.

CLARA: Ya no estoy para asistir.

REDONDA: Será por lo señora que te has vuelto. No, si la grandeza se te sale por las orejas.

CLARA: Lo que pasa es que he mejorado, no como tú, que sigues viviendo en una pocilga. Y eso te tiene verde de envidia.

REDONDA: ¿Y si la palma?

CLARA: No tienes entrañas.

REDONDA: Y tú no tienes vergüenza. ¿Qué esperabas que te dijera? *(Adopta un tono lastimero, burlón)* ¡Ay Clarita, cuánto lo siento! ¡Cómo tienes que estar sufriendo! *(Vuelve a su tono de reproche)* En el fondo te da lo mismo. Lo único que te preocupa es que se te va el chollo.

CLARA: ¡Cállate!

ESCENA 23

Antonia, en vista de que Beatriz no le hace ni caso, se acerca a Julia y Lola que las intuye más receptivas.

ANTONIA: ¿Ustedes saben lo que ha pasado?

JULIA: Algo han dicho por la radio. Hablaban de veinte muertos.

ANTONIA: Dios mío, ¿pero cómo ha sido?

LOLA: Una explosión en un bar, se ha derrumbado el techo.

ANTONIA: Seguro que ha sido una bomba.

JULIA: No se sabe.

ANTONIA: Una bomba, seguro.

LOLA: Están repartiendo por varios hospitales a los heridos.

ANTONIA: A mí me han dicho que viniera aquí, pero no me han hablado de muertos.

JULIA: A mí tampoco, aunque supongo que si hubiera alguno, nos lo habrían dicho.

LOLA: Antes estuvo por aquí una enfermera.

ANTONIA: ¿Y qué dijo?

LOLA: Nada, que les están curando, pero no habló de muertos.

ANTONIA: Dios mío.

ESCENA 24

Antonia, se levanta y sale precipitadamente de la sala de espera. Se acerca a la recepcionista.

ANTONIA: Señorita, ¿dónde hay un lavabo?

RECEPCIONISTA: En el pasillo, la primera puerta a la izquierda.

ANTONIA: Gracias.

ESCENA 25

Lola y Julia continúan la conversación.

LOLA: ¿A usted le han hablado de explosión?

JULIA: Sólo me han dicho que estaba aquí hospitalizado.

LOLA: Parece que estas cosas nunca le van a pasar a una y mire.

Julia asiente mientras se enjuga una lágrima con el pañuelo.

ESCENA 26

Lucía ha entrado en el despacho de Charo.

LUCIA: ¿Cómo lo llevas?

CHARO: De momento, bien. La cosa está tranquila.

LUCIA: Voy a tomarme un café en la máquina, ¿te vienes?

CHARO: No, no me apetece. Y tampoco quiero moverme, por si acaso.

LUCIA: Pues nada. Trabaja.

CHARO: Vale.

Sale Lucía.

ESCENA 27

Redonda continúa con sus agresiones verbales y Clara se defiende como puede.

REDONDA: Desde los quince años, Clara, desde los quince años, que se dice pronto.

CLARA: La vida da muchas vueltas. Las cosas son como son. Y cuando no se puede hacer nada por evitarlas, lo mejor es dejarse llevar.

LUCIA: Fátima.

Fátima mira sorprendida. En primer momento no reconoce a Lucía. Se levanta y cayendo en la cuenta sale a su encuentro.

FATIMA: ¡Lucía!

Las dos mujeres se abrazan y besan.

LUCIA: ¿Qué haces aquí?

FATIMA: Que han ingresado a David.

LUCIA: ¿Qué le ha pasado?

FATIMA: Ha sido en el accidente ese.

LUCIA: No me digas. ¿Estabais juntos?

FATIMA: No.

LUCIA: ¿Cuándo os casasteis?

FATIMA: No, si no estamos casados.

LUCIA: Ah, pues yo estaba convencida. Es que hace unos días me encontré en la discoteca a Carmen. ¿Te acuerdas de Carmen? Y me dijo que viviais juntos.

FATIMA: Sí, compartimos la misma buhardilla.

LUCIA: Estaba segura de que, tarde o temprano, os terminaríais casando, bueno, o lo que fuera.

FATIMA: Tuvo una mala racha, le echaron del trabajo, en casa había sitio, se vino, y hasta hoy. Pero no hay nada entre nosotros.

LUCIA: Siempre hablabas tan bien de él; se os veía juntos por todas partes. Ya sabes, esas ideas que una se hace.

FATIMA: Las cosas no son lo que parecen.

LUCIA: Ya veo, ya. ¿Y tú, qué tal? ¿Qué es de tu vida? ¿Estás en algún hospital?

FATIMA: No, me harté de buscar trabajo, así que hice unas oposiciones y me metí en un banco.

LUCIA: Yo tuve suerte. Cuando acabamos en la escuela, encontré trabajo aquí. La clínica me gusta, y con las guar-

REDONDA: Sobre todo si salen a tu gusto.

CLARA: Por qué no me dejas tranquila. Para lo que me estás sirviendo, te podías haber quedado en casa.

REDONDA: Y no he terminado. Por casa, ni se te ocurra aparecer, que no hay sitio. Y a mi marido, ni los buenos días. Si tienes ganas de hombre, te lo buscas por ahí. A ver si dejas de quitarle el marido a las demás.

CLARA: Eres una guarra asquerosa. ¡Pobre hijo mío!

REDONDA: Y lo triste es que te adora. No sé qué puede ver en ti.

CLARA: ¡Que soy su madre! ¿Te parece poco?

REDONDA: Bien que te aprovechas.

CLARA: Yo le quiero, Redonda.

REDONDA: Pues hay cariños que matan. Y no te hagas ahora la inocente. No me vengas con eso de que eres una pobre madre que sufre. Sabes de sobra lo que quiero decir. ¡Ojalá se muriera! Así descansaría de una vez. Para la vida que le espera...

Clara, que no ha dejado de lloriquear un momento, lo hace ahora con mayor desconsuelo. Se enjuga las lágrimas una y otra vez con su arrugado pañuelo.

CLARA: ¡Calla ya!

Las demás mujeres apenas han reparado en su conversación. Victoria, en cambio, no les ha quitado ojo desde que entró en la sala.

ESCENA 28

Lucía, la enfermera, cruza el vestíbulo. Al pasar junto a la puerta de la sala de espera, le parece reconocer a una de las que allí se encuentra. La llama.

días, que no las pagan mal, me defiendo. Lo malo es cuando pasan cosas como la de hoy. No paras en toda la noche. Pero no me quejo. Tal y como están las cosas, el que tiene trabajo tiene un tesoro. También voy a casarme. A finales de año. Tienes que darme tus señas para mandarte la invitación.

FATIMA: Ya te las daré.

LUCIA: Oye, siento lo de David.

FATIMA: Si te enteras de algo dímelo enseguida.

LUCIA: Por supuesto.

El resto de las mujeres se inquieta al ver hablar a las dos amigas, pues imaginan a Lucía portadora de noticias. Lola, Antonia e Isabel se levantan y se acercan a la enfermera.

LOLA: ¿Se sabe alguna cosa? ¿Hay algo nuevo?

LUCIA: *(Con cierta sequedad, pero correcta)* No, no les puedo decir nada, no sé nada. Están en quirófano.

ANTONIA: ¿Sufren mucho?

LUCIA: No lo sé, pero no se preocupe, que les anestesian.

ANTONIA: Dios mío, igual que cuando le operaron del estómago. Es que es tan débil, ¿sabe usted?

ISABEL: ¿Cuánto tiempo nos van a tener esperando?

LUCIA: Cuando salgan los primeros partes se les comunicará.

ISABEL: Supongo que sabrán de nuestra existencia. No se habrán olvidado de nosotras. Lo menos que podían hacer era decirnos algo. Al ingresarlos debían hacer un informe, aunque fuera por encima, para tranquilizar a los familiares. Es inhumana esta zozobra.

ANTONIA: Es verdad, estamos muy preocupadas.

LOLA: Señorita, yo sólo quiero saber si hay algún error, si se han equivocado de accidente.

LUCIA: Hablen con la asistente social.

ISABEL: Es que hace ya casi media hora que se marchó, y no ha vuelto a aparecer.

LUCIA: Yo le digo lo que sé. Comprendo su angustia, pero no puedo hacer nada.

ISABEL: No, señorita, yo no soy aquí la única angustiada. También lo está mi hija, esa señora, y estas buenas mujeres. No es cuestión de comprensión sino de humanidad.

LUCIA: Mire usted, la clínica tiene unas normas que hay que cumplir. En los accidentes, lo más importante son los heridos, y todos los esfuerzos se centran en atenderles lo mejor posible. Comprendemos la angustia de las familias, porque familiares nuestros, también han pasado por hospitales, y sabemos lo que eso significa. Pero lo único que les pedimos es que comprendan el esfuerzo que está haciendo la clínica, y que nos dejen trabajar.

ISABEL: Señorita, yo no le he faltado para que ahora me salga con esas.

LUCIA: ¿Pero qué está usted diciendo?

ISABEL: No, diga mejor, ¿qué es lo que está diciendo usted? Que si no les dejamos trabajar, que si no les comprendemos. Y a nosotros, ¿quién nos comprende?

Elena se levanta de la butaca en la que está sentada y se dirige hacia su madre.

ELENA: Mamá, ya está bien, déjalo. Así no se va a solucionar nada.

ISABEL: (A Elena) ¡Tú a callar! (A Lucía) Yo soy la señora de Gómez y mi marido es amigo personal del director de esta clínica.

LUCIA: Pues que le aproveche; pero no le puedo decir nada porque no sé nada. Y ahora tengo que hacer. Ven, Fátima.

Lucía, acompañada de Fátima, deja a Isabel con la palabra en la boca. Cruza el vestíbulo, y sale de escena.

ISABEL: Habráse visto. Qué mala educación tiene la gente.

ANTONIA: Es que todo el mundo va a lo suyo.

Las mujeres regresan a la sala de espera.

ELENA: Mamá, ya sé que te encanta montar números, pero haz el favor de callarte. No quiero dar la nota, que bastante nota ha dado ya Luis.

ISABEL: Es que si nos callamos, nos aplastan. De vez en cuando es sano protestar.

ELENA: Pues protesta después, pero ahora estáte tranquila, que con tus protestas me vas a desquiciar todavía más.

Isabel, Elena y las demás mujeres vuelven a ocupar sus asientos. Están bastante afectadas, cansadas y sin ánimo para entablar conversaciones.

ESCENA 29

Tras unos instantes de silencio e inactividad, irrumpe en el vestíbulo Lina. Lleva un micrófono inalámbrico en la mano y unos auriculares para recibir las órdenes oportunas desde el control central.

Lina es joven, en torno a los veintiocho años. Viste de manera desenfadada y algo llamativa. Toda ella rezuma frivolidad, y se da unos inequívocos aires de importancia. Es periodista, una chica de la radio y ejerce de ello. Lleva una bolsa en bandolera de la que saca todos los objetos que necesita para llevar a cabo su trabajo.

Con gran decisión, se acerca a la recepcionista; busca en su bolsa hasta encontrar una cartera de la que saca un carné de prensa y se lo enseña.

LINA: Hola, mona, mira. Soy periodista. De Radio Corazón. Quiero hablar con el director, para hacer un reportaje en directo.

RECEPCIONISTA: El director no va a poder atenderle. Ha habido un accidente y está todo el personal ocupado.

LINA: *(Siempre con aire de superioridad)* Precisamente vengo a cubrir esa información. ¿Con quién podría hablar?

RECEPCIONISTA: Pues no sé, en estos casos suele ser el director quien informa a los periodistas.

LINA: ¿No tenéis gabinete de prensa?

RECEPCIONISTA: Pues, no.

LINA: ¿Y algún servicio de información?

RECEPCIONISTA: Espera, voy a ver si te lo soluciono.

LINA: *(Para sí)* Desde luego, cómo funciona la sanidad en este país.

La recepcionista marca un número en su centralita. Lina la observa con despego y prepotencia.

A la recepcionista le desagrada Lina pero al mismo tiempo, por aquello de la radio, le tiene un cierto respeto no exento de temor. No se lo puede demostrar, pero la mira de una manera que refleja, de forma inequívoca, la poca simpatía que le inspira.

El teléfono suena en el despacho de Charo.

CHARO: ¿Diga?

RECEPCIONISTA: Charo, oye, aquí hay una periodista que quiere hacer un reportaje sobre el accidente.

CHARO: ¿Le has dicho que de eso sólo habla el director?

RECEPCIONISTA: Sí, pero sigue insistiendo. Quiere que le informe alguien.

CHARO: (*Con resignación*) Está bien, ahora bajo.

RECEPCIONISTA: (*Dirigiéndose a Lina*) Ahora mismo viene.

Charo cuelga, se levanta y sale de su despacho.

La recepcionista observa a Lina. Tras una pausa.

LINA: ¿Con quién voy a hablar?

RECEPCIONISTA: Con la asistente social. Ella es la que lleva todo lo relacionado con el accidente.

LINA: Dile que se dé prisa, estamos a punto de salir al aire.

RECEPCIONISTA: Me ha dicho que ya venía.

Al cabo de unos instantes, Charo hace su aparición en el vestíbulo. Lina no se percata de ello, pues sigue recostada en el mostrador. Charo, a distancia, mira a la recepcionista, ésta le hace una seña, lo suficientemente significativa, para orientar a Charo acerca de quién es el personaje que le espera. Se acerca a Lina.

CHARO: Hola, qué tal. Soy Charo Nieto, la asistente social de la clínica. Tú eres la periodista, ¿verdad?

LINA: Lina Ramos, de Radio Corazón.

Se estrechan las manos.

LINA: Quería hablar con el director para que me informase sobre el número de heridos internados en este centro, sus nombres, cuál es su estado, si ha ingresado algún cadáver, bueno, ya sabes, todo eso.

CHARO: El director está operando, y no te puede atender en este momento. Supongo que lo comprenderás. Pero, si te sirve, puedo responderte yo, que estoy, más o menos, enterada.

LINA: Muy bien. ¿Podemos empezar?

CHARO: Cuando quieras.

Lina se pone los auriculares y habla por el micrófono.

LINA: Control. Adelante. Estoy lista. Cuando digas
cunto.

Lacta se acerca a Charo.

LACTA: Hija, eres una esclava de la fama.

Lina permanece en silencio unos instantes, esperando la orden de entrada. Por fin, ésta se produce.

LINA: Radio Corazón informa desde su unidad móvil, siempre en el corazón de la noticia. Madrid, esa ciudad maravillosa, llena de ruidos, contaminación, atascos, vagabundos y pedigüños, y a pesar de ello entrañable y acogedora, se ha visto conmocionada por una tragedia. El techo del local «Picospardo's» se ha venido abajo por causas todavía desconocidas, aplastando en su caída a las doscientas personas que en ese momento abarrotaban el local. Las noticias son contradictorias. Aún no se sabe con exactitud el número de muertos y heridos. Radio Corazón, siempre en el corazón de la noticia, recorre los centros médicos para recabar información de primera mano. En estos momentos nos encontramos en la clínica Virgen de la Esperanza donde han sido internados algunos de los heridos. Está con nosotros Charo Nieto, Directora de Relaciones Públicas del centro sanitario.

CHARO: Sólo soy la asistente social.

LINA: ¿Cuántos ingresados hay hasta el momento?

CHARO: Hasta ahora han ingresado doce personas.

LINA: ¿Hay algún muerto entre los heridos?

CHARO: Si una persona está herida, no está muerta.

LINA: (*Molesta*) Supongo. ¿Cuál es su estado?

CHARO: De momento no se sabe nada. Unos están en el quirófano y otros recibiendo las primeras curas. Hay dos que han ingresado en estado gravísimo, el resto parece estar en mejor situación física.

LINA: ¿Cómo han reaccionado los familiares de los heridos?

CHARO: La reacción normal en estos casos; con inquietud, nerviosismo y preocupación. Pero no hemos tenido hasta el momento ningún problema serio. Quizá se deba a los pocos ingresos que se han registrado en esta clínica. Eso evita aglomeraciones y situaciones extremas.

LINA: ¿Cómo se ha localizado a las familias?

CHARO: Ha sido una labor conjunta entre la Policía Municipal y la clínica. Gracias a las carteras, documentos y papeles que llevaban los heridos.

LINA: ¿No se os ha ocurrido pensar que de esa forma se viola la intimidad de las personas?

CHARO: Nosotros hemos seguido instrucciones y siempre pensando que hacíamos lo mejor para las víctimas.

LINA: Ya. *(Hablando por el micrófono)* Vamos a tratar de ponernos en contacto con ellos, para que nos cuenten sus impresiones sobre el accidente, y saber cómo viven estos momentos de angustia. Ahora, unos mensajes publicitarios. No se vayan, volvemos enseguida. *(Pausa)* Paco, me meto para adentro.

Se quita los cascos.

LINA: *(Poco simpática)* ¿Dónde están?

CHARO: En la sala de espera.

Lina, decidida, se dirige hacia la sala donde reina el silencio.

ESCENA 30

RECEPCIONISTA: ¡Charo!

La recepcionista le hace una seña y Charo se acerca.

CHARO: ¿Qué pasa?

RECEPCIONISTA: Que bajes al quirófano.

CHARO: Está bien.

Charo echa una última mirada a Lina y abandona el vestíbulo.

Lina, desde la puerta, contempla el cuadro de angustia y tristeza que componen esas mujeres. Tan sólo se escucha algún gemido. Lina, impresionada a pesar de todo, no se decide a entrar, así que permanece en la puerta, se coloca los cascos y espera la orden del control central de su emisora para continuar con la emisión en directo.

Las palabras de Lina sacan del letargo a las que allí esperan. Victoria, la mira con desconfianza. Julia atiende. Todas esperan, observándola. Lina entra lentamente, mientras habla bajito con el micrófono pegado a la boca; mira a las mujeres sin verlas. Su preocupación es el reportaje.

LINA: Estamos en la sala de espera de la clínica Virgen de la Esperanza, donde se encuentra un grupo de familiares de las víctimas del accidente del que venimos informando. Vamos a acercar nuestro micrófono a estas personas destrozadas por el dolor de saber que un ser querido se debate entre la vida y la muerte.

Lina acerca el micrófono a Beatriz, que continúa gimiendo, con los ojos enrojecidos y el rostro hinchado de tanto llorar. Ya no le deben quedar lágrimas. Se sorprende ante la presencia del micrófono.

LINA: ¿Cuál es su nombre?

Beatriz no contesta, y sigue entregada al llanto. Lina insiste.

LINA: ¿Cuál es su parentesco con la persona herida?

Beatriz evita a Lina volviendo la cabeza, pero ésta continúa impertérrita cumpliendo con su labor informativa.

LINA: ¿Cómo se enteró de la catástrofe?

Beatriz se tapa la cara con un pañuelo, y sigue llorando. En vista de que es imposible sacarle una palabra, Lina desiste.

LINA: Estamos viviendo escenas de profundo dolor e intensa emoción.

Todo lo que hace y dice Lina está al servicio de su reportaje. Ni siente ni padece frente a la situación que están viviendo estas mujeres. A ella sólo le interesa reflejar, por medio de sus palabras, emitidas en directo por las ondas, el ambiente interior que, intuye, se está viviendo en esa sala.

Lina repara en la serenidad de Julia y se acerca a ella.

A Julia tampoco le gusta el micrófono, se siente incómoda, no le gusta Lina, pero se deja llevar por la situación.

LINA: ¿Puede decirme su nombre?

Julia mira con intensidad a Lina pidiéndole comprensión, y niega con la cabeza.

LINA: ¿Quién es el herido?

JULIA: Mi hijo.

LINA: ¿Qué edad tiene?

JULIA: Dieciocho.

LINA: ¿Cómo se enteró del accidente?

JULIA: Por una llamada.

LINA: ¿Tiene más hijos?

JULIA: Sí, tres niñas más.

LINA: ¿Sabe cómo se encuentra el herido?

JULIA: No.

LINA: Bueno, muchas gracias.

Lina se levanta y se acerca a Elena que, a pesar de su pesadumbre, no la rechaza.

LINA: ¿Su hermano?

ELENA: (*Niega con un gesto de cabeza*). Mi marido.

LINA: ¿Puede decirme su nombre?

ELENA: (*Tras unos instantes de duda*). Prefiero no decirlo.

LINA: ¿Llevan mucho tiempo casados?

ELENA: Un año.

LINA: ¿Tienen hijos?

ELENA: No.

LINA: ¿Cómo se enteró del accidente?

ELENA: Por teléfono.

LINA: ¿Qué sintió cuando supo que su marido era una de las víctimas de una catástrofe como ésta?

Elena no sabe qué responder. Por fin, vence su indecisión.

ELENA: No lo sé. Miedo.

A Elena se le saltan las lágrimas. No puede seguir hablando.

LINA: El llanto aflora a los rostros de estas mujeres, mientras sufren la tensa espera que supone la llegada de las primeras noticias sobre el estado y la gravedad de sus seres más queridos.

Lina se acerca a Isabel que está muy serena y, en el fondo, encantada de que la entrevisten para la radio.

LINA: ¿Cuál es su relación familiar con la víctima?

JULIA: (*Con una sonrisa*) Es mi yerno. (*Señalando a Elena*). Yo soy la mamá de esa niña.

LINA: Esta encantadora señora, con la que estamos hablando, se refiere a la joven a la que acabamos de entrevistar. ¿Cómo se encuentra?

JULIA: Pues te lo puedes figurar. Llevamos casi una hora sin noticias, lo cual es imperdonable. Y sin poder tomar

nada, porque a esta hora la cafetería está cerrada, y no vas a salir por ahí a buscar un bar. Además, quiero estar junto a mi hija cuando nos digan cómo ha ido todo, para alegrarme, o soportar con entereza lo que se nos venga encima.

LINA: ¿Nos puede decir su nombre?

JULIA: Soy la señora de Gómez.

ELENA: Mamá, cállate.

JULIA: Bueno, ya lo ves, mi hija no quiere que hable, y tengo que hacerle caso. Está muy afectada por el accidente de su marido, de mi yerno, porque ella creía que estaba en Barcelona.

ELENA: Mamá, ya está bien.

JULIA: (A Lina) No voy a hacer más declaraciones.

Lina se levanta y busca a otra persona a la que poder entrevistar.

LINA: Le agradezco mucho sus palabras para Radio Corazón, en directo informando, siempre en el corazón de la noticia. Sobre todo en momentos como éste, en el que el deber informativo se mezcla con el dolor de unas familias que pueden quedar rotas para siempre.

Lina se acerca a Lola.

LINA: ¿Y usted?

LOLA: ¿Yo, qué?

LINA: ¿Cuál es su parentesco con el accidentado?

LOLA: Mi marido; pero no tiene nada que ver con el hundimiento de la sala. Ha debido tener algún accidente con el camión. Tiene la tensión baja y se duerme con mucha facilidad. Ha tenido ya varios accidentes por la misma causa.

LINA: ¿Podría decirme el nombre de su marido?

LOLA: Juan.

LINA: ¿Juan?

LOLA: Sí, Juan.

LINA: ¿Sólo Juan?

LOLA: Sólo Juan.

LINA: ¿Sabe usted cómo se encuentra?

LOLA: No, pero creo que sólo está herido. Si estuviera muerto me lo habrían dicho. Además con un camión es muy difícil matarse. El que lleva la peor parte siempre es el otro.

LINA: ¿Qué edad tiene su marido?

LOLA: Cincuenta y cinco.

LINA: ¿Qué tiempo llevan casados?

LOLA: Veintidos años. *(Se le saltan las lágrimas y se las enjuga con un pañuelito que saca, con cierta torpeza, del bolso).*

LINA: ¿Y usted cómo se encuentra?

LOLA: Acostumbrada.

LINA: ¿Y si su marido hubiese sido víctima del hundimiento de «Picospardo's», en lugar del accidente que supone?

LOLA: ¿Qué picos pardos?

LINA: Picospardo's, la sala que se ha hundido.

LOLA: No, si mi marido venía de Palencia. Me dijo que llegaría tarde. Y no bebe. Sería muy raro que estuviese tomando copas y menos a esas horas. Lo de mi marido es cosa del tráfico.

LINA: Esperemos que se recupere pronto, y que todo sea, como usted dice, un leve accidente de tráfico sin consecuencias. Radio Corazón, en directo. Enseguida volvemos. Y ahora sigan estos mensajes publicitarios.

La ironía ha teñido las palabras de Lina antes de devolver la conexión.

ESCENA 31

En la sala entra Fátima. Se le acerca Lola.

LOLA: ¿Le ha dicho algo sobre el accidente?

FÁTIMA: No, no sabe nada. Es una antigua compañera de la Escuela de Enfermeras.

ESCENA 32

Entran en el hospital dos mujeres de aspecto siniestro, vestidas de negro, con grandes bolsos a juego y peinadas con moñito en la nuca. Se acercan al mostrador de la recepciónista.

JUSTA: Nos hemos enterado de que ha habido un accidente y queríamos saber si hay aquí ingresado algún herido.

RECEPCIONISTA: Sí, hay doce.

JUSTA: Ya. ¿Y los familiares?

RECEPCIONISTA: En aquella sala.

JUSTA Y PASTORA: Gracias.

Las dos horribles mujeres se encaminan hacia la sala de espera.

ESCENA 33

Lina se acerca a Victoria y espera a recibir de nuevo la orden de continuar con su transmisión.

VICTORIA: (*Imaginando sus intenciones*) Le advierto, señorita, que no pienso contestar a ninguna de sus preguntas.

LINA: (*Altiua*) ¿Y eso por qué?

VICTORIA: Ya sé que está usted trabajando, pero dése cuenta, también, de que nosotras no tenemos el ánimo para andar respondiendo a preguntas para los periódicos.

LINA: Para la radio.

VICTORIA: Para la radio, me da lo mismo.

LINA: Usted ha podido ver que ninguna de sus compañeras ha puesto objeciones a mis preguntas. Unas más, otras menos, todas han respondido sin problemas.

VICTORIA: En primer lugar no somos compañeras y en segundo lugar me niego a contestar a sus preguntas. No tengo ni ganas ni ánimo para responder.

LINA: La opinión pública tiene derecho a estar informada, y además lo exige.

VICTORIA: Muy bien, pues infórmeles usted, pero sin recurrir a situaciones como ésta.

LINA: La opinión pública quiere saber precisamente lo que ocurre en estos momentos.

VICTORIA: Pues no cuente conmigo para informar a esa opinión pública suya.

LINA: (*Muy molesta*) Está bien. Y muchas gracias por su ayuda.

VICTORIA: No hay de qué.

Lina, muy molesta con Victoria por su negativa a prestar declaraciones, endurece el gesto, y empieza a ver a aquellas mujeres con manifiesta hostilidad.

La discusión ha sido seguida, con inquietud, por las mujeres que, por leves gestos, se adivina que le dan la razón a Victoria. El ambiente se vuelve hostil a Lina que de-

cide continuar con su reportaje, maquinando una sutil venganza contra las que esperan.

Busca entre las mujeres, y elige a su víctima; aquella que menos recursos tenga, la que menos batalla pueda plantearle frente a unas preguntas que ahora van a ser más agresivas. Se acerca a Antonia y, con intención y en voz alta, le pregunta.

LINA: ¿Tiene algún inconveniente en contestar a mis preguntas?

ANTONIA: *(Tímida, indecisa y mirando a derecha e izquierda)* No.

LINA: Gracias.

Lina lanza una mirada retadora a Victoria y observa con desprecio y superioridad al resto de las mujeres. En ese momento recibe la señal de que vuelve a estar en el aire.

LINA: Vale, Paco. Continuamos en la clínica Virgen de la Esperanza, con algunos problemas para llevar a cabo nuestra labor informativa. Seguimos en contacto con los familiares de las víctimas del accidente que esta madrugada ha sacudido nuestra ciudad. Junto a nosotros una mujer sencilla. ¿Cuál es su nombre?

ANTONIA: Antonia.

LINA: ¿Cuánto tiempo lleva esperando noticias?

ANTONIA: Pues no lo he calculado, pero una hora o así.

LINA: ¿Quién es el herido?

Antonia sonríe, mira a todas partes, y no sabe qué responder.

LINA: ¿Su hijo, su marido, su hermano?

ANTONIA: *(Tras una pausa)* Mi... Mi señorito.

LINA: ¿Su señorito?

ANTONIA: Sí, los padres de mi señorito murieron hace

ya varios años y, desde entonces, yo le cuido. La señora me pidió, antes de morir, que no lo dejase solo.

Se le saltan las lágrimas.

LINA: ¿Cómo se llama su señorito?

ANTONIA: (*Dudando*). Prefiero no decírselo.

LINA: ¿Por qué?

ANTONIA: Porque no quiero que se sepa.

LINA: ¿Qué es lo que no quiere que se sepa?

Antonia hace un gesto de cabeza que expresa su impotencia para quitarse de encima a Lina y su incapacidad para encontrar la respuesta adecuada.

ANTONIA: (*Buscando la salida*). Su nombre.

LINA: ¿No quiere que se sepa su nombre? O ¿No quiere que se sepa lo que todo el mundo sabe?

Victoria se levanta indignada.

VICTORIA: Deje a esa mujer en paz, y márchese de aquí. *Lina ha acercado el micrófono a la boca de Victoria para que se escuchara lo que decía. En ese momento vuelve a aparecer Charo en el vestíbulo, y entra en la sala de espera.*

LINA: Comprendemos algunas reacciones de las que aquí esperan, si tenemos en cuenta la dura prueba por la que están pasando, sobre todo, dadas las especiales características que rodean a este accidente.

Mientras habla, se acerca con celeridad a Charo.

LINA: En este momento entra en la sala Charo Nieto, directora de relaciones públicas de la clínica, quizá traiga noticias. ¿Hay algo nuevo?

CHARO: Asistente social.

VICTORIA: Dígale que se marche.

CHARO: Todavía no hay partes médicos.

LINA: (*En voz alta, para ser escuchada con claridad y con toda la mala intención de que es capaz*). Díganos,

¿cómo está influyendo en el equipo médico, saber que los heridos de este accidente pertenecen al grupo de riesgo de esa terrible enfermedad que aterroriza al mundo?

CHARO: ¿Cómo dices?

LINA: «Picospardo's» era un local de reunión para homosexuales, o si lo prefieres más vulgar, un bar de maricas.

CHARO: (*Muy molesta*). En este centro se trata igual a todos los que ingresan.

LINA: Muchas gracias. En cuanto tengamos los primeros partes acerca del número de víctimas, se los ofrecemos de inmediato. Lina Ramos para Radio Corazón, que a las cinco y media de la madrugada ha estado en la clínica Virgen de la Esperanza, les informó desde el corazón de la noticia. Adelante con la publicidad.

Cae rápidamente el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ESCENA 1

Al alzarse el telón, la acción se reanuda en el mismo punto en el que se detuvo en el acto anterior.

LINA: Buenas noches y feliz madrugada, amigos.

Lina, muy decidida, abandona la sala sin despedirse de nadie. Charo le sigue y la aborda inmediatamente.

CHARO: No tenías que hacer una cosa así.

LINA: Estoy cubriendo una información.

CHARO: Hay muchas maneras de cubrir una información y eso lo tienes que saber tú mejor que yo.

LINA: ¿Es que no oyes la radio? Lo vienen diciendo desde hace horas y mañana saldrá publicado en todos los periódicos. A esa sala sólo iban maricas.

Lina, da media vuelta, cruza el vestíbulo y sale de la clínica.

ESCENA 2

Charo no sabe qué decir. Las mujeres no reaccionan. Ninguna se mueve. Cesan los llantos. Todas permanecen en la más absoluta quietud en medio de un silencio sepulcral.

Elena, muy alterada, y con las facciones fuera de sí, se acerca a la asistente social y le agarra un brazo. Isabel va tras ella. Las otras mujeres también.

ELENA: ¿Es verdad lo que ha dicho esa mujer?

En los rostros de las mujeres se refleja la ansiosa espera de la respuesta.

Charo observa sus gestos tensos y asiente. Su respuesta supone para unas la confirmación de lo que ya saben, para otras es una revelación. Julia, Clara y Redonda, Victoria, Antonia y Fátima permanecen impasibles. Para ellas no supone ninguna sorpresa, pero ello no impide que sientan una cierta sensación de desagrado al confirmar, en boca de otra persona, lo que siempre supieron, mejor dicho, intuyeron: la condición sexual de sus seres más queridos.

Para Isabel, Elena, Beatriz y Lola la sorpresa es grande. Beatriz cesa en su llanto. Su rostro adopta un extraño rictus a medio camino entre las lágrimas y la rabia contenida. Poco a poco se le van endureciendo las facciones. Ya no volverá a derramar una lágrima, pero tampoco abandonará la clínica. Elena está desconcertada ante la respuesta de Charo. Su natural vehemencia le lleva a perder poco a poco el control sobre sí misma. Isabel la sostiene entre sus brazos con intención de tranquilizarla. Las dos, muy agarradas, vuelven a sus asientos.

ISABEL: Esto sí que no me lo esperaba, hija.

CHARO: Dentro de unos minutos saldrán los primeros partes.

ANTONIA: *(Parece querer aliviar la tensión del momento).* ¡Qué calor hace!

Lola, muy nerviosa, sale de la sala de espera y busca la soledad. En el vestíbulo pasea sin descanso a la espera de

Clara y Redonda observan con indiferencia.

Elena tiene el rostro congestionado; los músculos de la cara parece que van a estallar. Entre dientes, y con una rabia tan feroz que impide a las palabras salir; continúa musitando.

ELENA: ¡Que se muera! ¡Que se muera!

Entre Isabel, Charo, Julia y Fátima tratan de recostarla en un sofá.

ANTONIA: ¡Cuidado, no se vaya a morder la lengua!

REDONDA: ¡Desde luego, los hay que se los pisan! Mira, descubro que mi Paco es marica y lo capo. Le capo al Paco, fíjate.

CLARA: Tampoco es para ponerse así. Qué más le da a ella. Si hasta ahora no lo ha notado, es que cumplía. Pues ya está, qué más quiere.

REDONDA: Qué cuajo tienes, hija. Tú con tal de sacar provecho de lo que sea, te sale todo por una friolera.

Justa y Pastora están encantadas contemplando el ataque de Elena.

JUSTA: Pobrecilla, cómo sufre.

PASTORA: ¡Qué lástima!

ELENA: *(Entre dientes)* ¡Que se muera! ¡Que se muera!

JUSTA: ¿Qué es lo que dice?

PASTORA: Que se muera.

JUSTA: El dolor de la tragedia la tiene trastornada.

PASTORA: ¡Cuánta tristeza, Señor!

Entra Lucía, corriendo, con una bandeja de tranquilizantes. Se acerca a Elena, le toca la frente y le inyecta en el brazo uno de los medicamentos que trae.

LUCIA: Ahora tranquilízate. No pasa nada. Relájate y descansa.

El sedante causa un efecto casi inmediato. Elena cae

algo nuevo que desmienta lo que acaba de oír. Antes de que Charo se marche Elena es presa de un ataque de nervios.

ELENA: ¡Ojalá se muera!

Isabel saca un pañuelo del bolso y por primera vez llora, pero más por orgullo herido que por los sentimientos de su hija.

ISABEL: (Alterada y rabiosa) ¡Qué vergüenza!

ELENA: ¡Ojalá se muera! ¡¡Ojalá se muera!! ¡¡¡Ojalá se muera!!!

La voz de Elena sube de tono hasta convertirse en grito. Con sus espasmos parece querer dar rienda suelta a toda la rabia que se ha acumulado de pronto al conocer la supuesta segunda vida de su marido. La situación culmina en un ataque incontrolado de histeria. Se levanta de la silla, se tira al suelo entre golpes, gritos y pataleos. Isabel intenta tranquilizarla agarrándole los brazos y tratando de preservarle la cabeza de los golpes.

ISABEL: Elena, por Dios, tranquilízate. Hija, por favor, cálmate, cálmate.

Charo, al ver el estado de Elena, corre hacia la recepcionista.

CHARO: Avisa a Lucía, que corra a la sala de espera con tranquilizantes.

Vuelve a la sala donde Isabel, Julia y Fátima luchan con Elena intentando calmarla.

Antonia quiere echar una mano, pero no sabe cómo, así que lo único que hace es moverse de un lado para otro, molestando con muy buena intención.

Victoria se pone en pie.

Justa y Pastora no pierden detalle.

Beatriz sigue reconcentrada en sí misma.

en una especie de sopor que no le impide seguir murmurando entre dientes.

ELIENA: ¡Que se muera! ¡Que se muera!

Isabel permanece junto a ella. El resto de las mujeres se aparta, poco a poco al verla calmada, y vuelven a sus sitios. Fátima pasea nerviosa por la sala. Lucía se le acerca.

LUCIA: ¿Y tú qué tal estás?

FATIMA: Mal, pero todavía no necesito tranquilizantes. ¿Sabes algo de David?

LUCIA: No. Aún no se sabe nada.

Isabel y Charo continúan junto a Elena.

ISABEL: (A Charo) Ya está más tranquila.

CHARO: Si necesita cualquier cosa no tiene más que llamarme.

ISABEL: (Con cierto resquemor) Muchas gracias, señorita.

ANTONIA: Calamidades, nada más que calamidades. ¡Ay Señor, cuánta desgracia junta!

ESCENA 3

Clara se levanta con celeridad y se acerca a Charo.

CLARA: Oiga, ¿puedo hablar con usted?

CHARO: ¿De qué se trata?

CLARA: Es sobre mi hijo.

CHARO: Bien, venga a mi despacho.

Clara le hace un gesto a Redonda para que le siga. Redonda se levanta y va tras ella. Las dos siguen a Charo.

CLARA: Es mi hermana Redonda.

REDONDA: Tanto gusto.

CHARO: Síganme.

Las tres mujeres abandonan la sala de espera y salen al vestíbulo donde Lola sigue dando vueltas como una fiera enjaulada.

ESCENA 4

Antonia se levanta y se acerca a Fátima.

ANTONIA: Yo tengo una hermana que cada vez que nos vemos, discutimos. Y nos queremos mucho.

FATIMA: Sí.

ANTONIA: Cualquiera que nos vea pensará que no nos podemos ni ver.

ESCENA 5

Lola se acerca a Charo.

LOLA: Por favor.

CHARO: ¿Sí?

LOLA: Sólo quiero hacerle una pregunta.

CHARO: Sí, dígame.

Lola mira a Clara y Redonda.

LOLA: A solas.

CHARO: (A Clara y Redonda) Perdónenme un momento.
Charo y Lola se apartan de Clara y Redonda.

LOLA: (Indecisa y muy nerviosa. Habla bajito, en tono confidencial, como si no quisiera que nadie se enterase de lo que le tiene que decir a Charo) Quería saber si ya se ha aclarado lo del accidente de Juan López Sanz.

JUSTA: ¿Diferentes de qué?

PASTORA: Diferentes de lo normal.

JUSTA: (*Pensativa y sin caer en la cuenta*) ¿Entonces, no eran normales?

PASTORA: Justa, a veces pareces tonta. Estos eran normales, pero raros.

JUSTA: ¿Raros?

PASTORA: Sí, raros.

JUSTA: ¿Por qué?

PASTORA: Pues porque no se divertían con mujeres. ¿No sabes que no había ninguna mujer entre los heridos? Todos eran hombres.

JUSTA: Ah, lo que me quieres decir es que eran maricosas.

PASTORA: Eso parece.

JUSTA: ¡Qué lástima! ¿Y se divierten así?

PASTORA: Mucho. Por lo que cuentan, se divierten muchísimo.

JUSTA: ¿Y tú cómo sabes todas esas cosas, Pastora?

PASTORA: Porque lo leo en los periódicos.

JUSTA: Qué culta eres. Sabes de todo.

PASTORA: Los periódicos dan mucha cultura.

Las dos mujeres permanecen unos instantes en silencio mirando a uno y otro lado.

ESCENA 7

La luz de la sala baja en intensidad y aumenta en el despacho. Se abre la puerta y entra Charo seguida de Clara y Redonda. Se encamina decidida a su mesa y ordena los papeles.

CHARO: (*Consulta sus papeles. Convencida*) Sí, está aclarado.

LOLA: ¿Accidente de tráfico?

CHARO: No. Estaba en el local.

LOLA: ¿Y el camión cómo ha quedado?

CHARO: ¿Qué camión?

LOLA: (*Sin reaccionar*) No, nada, gracias.

Lola, muy afectada, se aparta de Charo que la observa por unos instantes, para volver enseguida con Clara y Redonda. A un gesto de Charo, las tres mujeres salen de escena.

ESCENA 6

Victoria sigue sentada en el sofá.

Isabel está muy pendiente de Elena, todavía bajo los efectos del sedante.

Antonia, sentada en su butaca.

Justa y Pastora, desde sus sillas, lo miran todo con agudeza y movimientos rápidos de cabeza, como aves de presa.

JUSTA: Hay poco ambiente.

PASTORA: Lo de la chiquita ha sido muy intenso.

JUSTA: ¿Te acuerdas cuando lo de la discoteca...? Aquello resultó más emocionante. Era otra cosa. Había más tensión. El sentimiento se desbordaba.

PASTORA: Eran todos tan jóvenes.

JUSTA: Aquí también ha habido jóvenes.

PASTORA: No vas a comparar. (*Bajito y entre dientes*). Estos eran diferentes.

CHARO: Siéntense, por favor.

Clara y Redonda se sientan.

CHARO: Ustedes dirán.

CLARA: Verá, mi hijo es uno de los heridos. Yo, la verdad, voy tirando pero nunca podría pagar la factura de la clínica. Quería que nos informase sobre lo que debo hacer.

CHARO: ¿Cuál es el nombre de su hijo?

CLARA: Francisco Ruiz.

CHARO: *(Mira en sus papeles)* ¿Qué edad tiene?

CLARA: Diecisiete.

CHARO: Supongo que usted y su marido tendrán seguridad social o pertenecerán a alguna sociedad médica.

CLARA: No.

CHARO: ¿No tienen nada?

CLARA: Pues no.

REDONDA: Ni siquiera marido.

CHARO: ¿Es usted viuda?

Clara no responde.

REDONDA: Es soltera.

CHARO: ¿Su hijo trabaja?

CLARA: *(Dubitativa)* Trabajar, sí, bueno, no, depende...

REDONDA: Sí, señorita, trabaja. *(Mirando a Clara)* Y mucho.

CHARO: ¿Y no tiene seguridad social?

CLARA: Yo no entiendo de esas cosas. No lo sé.

REDONDA: *(Muy segura)*. Seguro que no.

CHARO: ¿Dónde trabaja su hijo?

CLARA: *(Insegura)* Hace recados.

CHARO: ¿Cómo, recados?

REDONDA: Más bien favores.

CLARA: ¡Redonda!

REDONDA: Es chapero.

CHIARO: ¿Cómo dice?

REDONDA: Chaperero, esquinero.

CLARA: Cállate.

REDONDA: Y qué más da, si es lo que es el chico ¿No quieres que esta señorita te ayude, pues cuéntale las cosas como son, ¿verdad usted? Mi sobrino, porque yo soy hermana de aquí, o sea, soy su tía; mi sobrino trabaja, pero de seguridad social nada, a menos que se haya dado de alta como autónomo. Se pone en las esquinas en busca de tíos, de maricas viejos, y con el dinero que saca alimenta a la familia.

CLARA: Es muy bueno.

REDONDA: Ahora está liado con un señor que le ayuda.

CLARA: Redonda, deja ya las intimidades.

REDONDA: Uy, intimidades. Si lo sabe todo el barrio. Es un señor muy señor. *(Se frota los dedos pulgar e índice queriendo decir que tiene dinero)* Y con posibles, muchos posibles.

ESCENA 8

Ahora es Fátima la que piensa en alto junto a Antonia.

FATIMA: ¿Y qué digo yo mañana en el banco?

ANTONIA: Si sales porque sales y si te encierras porque te encierras...

FATIMA: Qué más da.

ANTONIA: A todos nos da, digamos lo que digamos. *(Mira la hora)* Se me ha parado el reloj. Se le ha debido acabar la pila. No creo que eso haya tenido que ver con el accidente. *(Se levanta)* Perdona, pero con los nervios...

Sale de la sala camino de los servicios con cierto apresuramiento.

ESCENA 9

Charo, en su despacho, atiende a Clara y Redonda.

CHARO: Les explico la situación, y ustedes deciden. Este centro no pertenece a la seguridad social pero tiene un concierto con ella. La clínica es de una sociedad médica, pero, su hijo, al no tener ningún tipo de cobertura sanitaria... No sé. Vamos a ver; su hijo, dice usted que no tiene un sueldo fijo.

CLARA: No, señorita.

REDONDA: Pero gana más que si lo tuviera. No sabe el vicio que hay por ahí.

CHARO: El dinero que gana su hijo, no se puede demostrar que lo gana. No queda constancia escrita de que recibe dinero.

Clara no termina de entender lo que le dice Charo.

REDONDA: O sea, que si tiene recibos.

CHARO: Sí, más o menos.

REDONDA: *(Se echa a reír)*. Sería gracioso. *(A Clara)* ¿Te imaginas que ahora hubiera que hacer recibos?

CHARO: Podía cobrar con tarjeta de crédito.

REDONDA: No está tan montado.

CHARO: ¿Su hijo tiene propiedades?

CLARA: No.

CHARO: ¿Vive con usted?

CLARA: Sí.

REDONDA: No.

CHARO: ¿Sí o no?

CLARA: Mi hermana dice cosas que no son.

REDONDA: Lo único que hago es decir las cosas como son.

CLARA: Pues cállate que ya has dicho bastante.

REDONDA: No me da la gana, mira la remilgada ésta, que ahora le da por hacerse la fina, pues no tiene horas de vuelo ni nada. Lo que pasa es que como ahora ve que se le va el chollo...

CHARO: Por favor.

REDONDA: Me callo.

CLARA: Lo que te corroe es la envidia por no haber tenido un hijo y además tan guapo y tan buen mozo como el Paquito.

REDONDA: Más me vale. Para que me lo sobase todo el mundo, prefiero no tener nada. Vaya gusto, tener un hijo con un culo que debe parecer un buzón de correos, ¿verdad usted?

CHARO: Por favor, no discutan.

ESCENA 10

Antonia regresa del servicio. Está destemplada, tiene frío y ganas de hablar. En el vestíbulo, se encuentra a Lola con la que trata de entablar una conversación. Se sienta con ella.

ANTONIA: Hace frío. Yo creo que es destemplanza. No he pegado ojo en toda la noche, y eso me hace mal. (*Confidencialmente*) Además, los hospitales me asustan; me recorre como un frío interior, de ése que no sale por mucho

ANTONIA: Si quiere que le diga la verdad, de ocurrirle una desgracia a mi señorito, hubiese preferido un accidente de tráfico. Accidentes de tráfico hay todos los días y nadie piensa nada sobre los heridos. Pero así, ya me dirá usted, cada cual pensará lo que le de la gana, aunque no lleven razón.

ESCENA 11

*Clara cuenta sus tribulaciones a Charo, soportando estoi-
camente las interrupciones de Redonda.*

CLARA: Verá, mi hijo se gana la vida como puede, y me ayuda. Hace unos meses conoció a un señor muy señor y salen a pasear y a tomar refrescos.

REDONDA: Un marica fino, pero que podría ser su padre.

CLARA: Cuarenta y cinco años.

REDONDA: Y Paquito diecisiete.

CLARA: Este señor vive con su madre que es una señora ya mayor...

REDONDA: Que, por cierto, está ahí fuera sentada...

CLARA: Tiene un apartamento en el que pasa bastante tiempo. *(Pausa)* Entonces el señor le propuso a mi Paquito que se fuera a vivir allí.

REDONDA: Vamos, que le ponía piso.

CLARA: Yo, en esos días estaba buscando casa, y mi Paquito me dijo que me fuese a vivir con él. Ahora vivimos juntos.

REDONDA: Y mantenidos. Porque fuiste tú la que se metió. El Paquito no te propuso nada.

CLARA: *(Se le saltan las lágrimas)* Pobre hijo mío.

REDONDA: Falsa, más que falsa. ¿Por qué lloras, si a ti lo único que te preocupa es tenerte que marchar de esa casa en la que vives como una reina? Y a tu hijo, que le parta un rayo.

CHARO: Yo le recomendaría que hiciese a su hijo de la Beneficencia. Es la única solución; siempre y cuando pueda demostrar que no tiene recursos propios ni gana dinero. Así tendría cubiertos todos los gastos médicos.

CLARA: ¿Qué hay que hacer?

CHARO: Vaya a su tenencia de alcaldía con dos fotos del chico. Allí rellene unos papeles y le darán una cartilla que deberá renovar cada seis meses. Lo que dure el tratamiento.

CLARA: *(Se le saltan las lágrimas)* Muchas gracias, señorita. No sabe cuánto le agradezco todo lo que está haciendo por mí. Mi Paquito está muy bien atendido.

¿Se sabe ya cómo está?

CHARO: Prefiero no decirles nada, todavía, para no alarmarlas.

CLARA: ¿Quedará desfigurado?

CHARO: No lo sé.

REDONDA: El caso es echarlo pronto a la calle, y que te siga sacando las castañas del fuego.

Charo, viendo que las dos hermanas se pueden volver a enzarzar, se levanta y se dirige a la puerta, la abre y las invita a marcharse.

CHARO: No tienen de qué preocuparse. Cualquier dificultad que tengan, no duden en consultarme. En cuanto sepa algo definitivo sobre el chico, se lo diré enseguida.

Las dos mujeres se levantan.

CLARA: Gracias, señorita.

Salen del despacho. Charo vuelve a su mesa y se sienta, está agotada.

ESCENA 12

Lola llora con amargura.

ANTONIA: No llore, mujer. Usted lo que tiene que hacer es alegrarse. No sabe la suerte que tiene de que su marido se haya estrellado con un coche.

LOLA: *(Entre sollozos y gipíos)*. Con un camión.

ANTONIA: Más grande me lo pone usted.

Antonia se levanta.

ANTONIA: Con el frío y los nervios se me suelta la tripa. Perdone.

Sale de escena camino del retrete.

ESCENA 13

Dos enfermeras, de las que tienen el turno de noche, cruzan el vestíbulo camino de sus respectivos servicios. Hablan de sus cosas con ligereza y frialdad. Lola escucha todo lo que dicen.

ENFERMERA 1: Es que no sabes cómo es. No me dice más que chorradas. Vamos todas las tardes al mismo «pub», y mientras yo me paso las horas muertas comiendo panchitos como una tonta, él se carga marcianitos.

ENFERMERA 2: Ay, hija, yo no sé cómo lo aguantas.

ENFERMERA 1: A mí lo que me gusta es la discoteca. Si te apetece bailar, bailas, y si no miras.

ENFERMERA 2: Hablando de discotecas. ¿Te has enterado de lo de esta noche?

ENFERMERA 1: Ay, sí, hija, calla, por Dios.

ENFERMERA 2: Ha debido de ser horrible.

ENFERMERA 1: No quiero ni imaginármelo.

ENFERMERA 2: ¿Tú qué prefieres? ¿Morir en un incendio, en un derrumbamiento o ahogarte?

ENFERMERA 1: No te sabría decir. Nunca me he parado a pensarlo.

ENFERMERA 2: Desde luego, hoy ha habido menos muertos que cuando se quemó la otra discoteca.

ENFERMERA 1: Podía haber sido al revés.

ENFERMERA 2: ¿Por qué?

ENFERMERA 1: Los de esta noche eran maricas.

ENFERMERA 2: Pues aquí hay varios ingresados. Lo han dicho por la radio.

ENFERMERA 1: Seguro que mandan alguno a mi servicio.

ENFERMERA 2: ¿Cómo estarán las familias?

ENFERMERA 1: Imagínate la impresión: mariposas y aplastados.

Las dos ríen la ocurrencia.

ENFERMERA 1: Toma, dale esto mañana al doctor Antúnez.

Le entrega un informe. Salen de escena. A Lola le rueda una lágrima por el rostro. Se levanta y entra en la sala de espera.

ESCENA 14

Clara y Redonda han salido del despacho de Charo. Esperan al ascensor.

REDONDA: Mira, has tenido suerte, el hospital no te va a costar un duro.

CLARA: Eso no es ningún consuelo.

REDONDA: Mañana hay que arreglar los papeles.

CLARA: Yo tengo otras cosas que hacer. ¿No podías tú...?

REDONDA: A ti te da lo mismo que tu hijo esté con la cabeza «espachurrá».

CLARA: Parece que tengo yo la culpa de que pasen las cosas.

REDONDA: El Paquito tenía que estar ahora persiguiendo a las chicas por las esquinas, fumando porros y bailando en las discotecas.

CLARA: Pero qué sabrás tú, infeliz. Al Paquito lo he parido yo, lo he visto crecer y los tíos le han gustado desde que era así.

Hace un gesto con el que indica lo pequeño que era su hijo.

CLARA: Y además los viejos.

REDONDA: Y tú le diste la idea de que esos viejos estarían dispuestos a pagar por pasar un rato con él.

CLARA: Eres una asquerosa. Eso fue cosa suya.

REDONDA: ¿Ah, sí? ¿Y qué me dices del hijo de la vieja?

CLARA: Esa es otra historia.

REDONDA: Sí, otra historia. Viste al señorito de la casa y pensaste: aquí hay negocio. ¡A por él! Y bien que has vivido hasta ahora.

CLARA: Ya que no puedo darle estudios, por lo menos que viva como un rey.

REDONDA: Eso no justifica la explotación de un hijo.

CLARA: Mira, no me vengas con cuentos. Todas las madres explotan a sus hijos. Lo que pasa es que hay muchas maneras de explotar.

REDONDA: Pero tú te pasas.

CLARA: Lo único que ocurre es que entre nosotros no hay trampas. Espero que salga de ésta, que se cure y que no se haya estropeado la cara.

REDONDA: El caso es echarlo a la vida cuanto antes.

CLARA: Cuanto antes.

REDONDA: ¿Y si no sale?

CLARA: Saldrá. Y si no, ahí está la vieja. Algo se me ocurrirá.

ESCENA 14

Julia pasea por la sala de espera, se acerca a Isabel que sigue sin separarse de Elena.

JULIA: ¿Cómo está?

ISABEL: Parece más tranquila.

Julia sale al vestíbulo.

ESCENA 15

Beatriz con el gesto endurecido, reconcentrada en sí misma. Justa y Pastora observan con cuidado todo lo que ocurre a su alrededor, pero se aburren. Ellas esperaban que el sentimiento y la pena se expresasen de una manera más ruidosa y llamativa.

PASTORA: Hace tiempo que no se quema un cine.

JUSTA: ¡Una lástima! Ahora con el vídeo...

PASTORA: O un teatro.

JUSTA: ¡Qué bonito!

PASTORA: Una pena que el Liceo de Barcelona no se quemase en Madrid, y en plena representación.

Están entusiasmadas con la ocurrencia.

JUSTA: Hubiera sido grandioso.

PASTORA: Dantesco, como dicen en los periódicos.

JUSTA: Nunca entendí lo que significa eso.

PASTORA: Algo parecido a lo que ha debido pasar esta noche.

JUSTA: ¿Sabes lo que creo? Que a pesar de lo que fuese esta gente, sus familias lo han tenido que sentir.

PASTORA: Pero poco. Date cuenta que la gente así está muy deshumanizada, y las familias se tienen que sentir como las gaviotas sobrevolando las olas del mar, cuando desaparece alguno de estos elementos. Porque no te quepa duda, Justa, son elementos.

JUSTA: Eres una poetisa, Pastora. Tienes un gran corazón.

PASTORA: Demasiado grande, Justa, tanto, tanto que no abarco a querer más.

JUSTA: Yo soy incapaz de ser, al mismo tiempo, cálida y fría, visceral y cerebral como tú.

PASTORA: Soy realista, Justa, y tú lo sabes. A ti lo que te pasa es que eres una romántica, atribuyes sentimientos a las cosas y así no se puede ir por la vida.

JUSTA: Me gustaría parecerme a ti, Pastora; sufriría menos.

PASTORA: No se puede ser tan emotivo.

JUSTA: Todavía me acuerdo cuando, de pequeña, me daba pena tirar los papeles en los que mamá nos envolvía los bocadillos cuando íbamos de excursión.

PASTORA: Siempre fuiste un poco tonta.

ESCENA 16

Suena el teléfono en el despacho de Charo.

CHARO: ¿Sí, dígame? (Gesto de resignación. Se relaja sobre la silla) Ah, hola, qué tal... Sí, con mucho trabajo. (Larga pausa) Mira, Miguel, no me vengas con cuentos. Bastantes problemas tengo encima para que ahora me salgas con esas... A cientos, Miguel, las hay a cientos. Sólo hay que buscar... (Pausa) ¿Y yo qué quieres que le haga? Ya va siendo hora de que espabiles... (Pausa) Sí, ya lo sé, y yo soy la primera que está convencida de eso, pero a ti, por lo visto, se te olvida de vez en cuando. Ya sé que es cosa de dos... (Pausa) Pues buscando... Miguel, yo no veo otra solución. No tiene sentido seguir juntos... (Larga pausa) No sé si te das cuenta de las tonterías que estás diciendo... Pues no, no hay nadie. No sé por qué detrás de una separación siempre tiene que haber alguien. Lo nuestro no da más de sí y punto. (Larga pausa) Mira, Miguel, todo esto no es para hablarlo por teléfono. Estoy cansadísima, y todavía tengo un montón de cosas que hacer... Sí, sí, hasta luego.

Charo cuelga y se muestra abatida, triste. Esconde el rostro entre sus manos y apenas ahoga unos sollozos.

Se apaga lentamente la luz de su despacho y volvemos a la sala de espera. Las mujeres continúan en sus mismas posiciones.

ESCENA 17

Victoria no quita ojo a Julia, y aprovechando un momento que pasa junto a ella, le habla.

VICTORIA: ¿Por qué no se sienta un rato? Lleva toda la noche dando vueltas.

JULIA: No puedo estar quieta, tengo los nervios a flor de piel.

VICTORIA: Ande, siéntese un ratito.

Julia esboza una sonrisa y se sienta junto a Victoria.

JULIA: Hoy no les preparo el desayuno a mi marido y mis hijos.

VICTORIA: Por un día no pasa nada.

JULIA: No voy a irme y dejar al que está aquí.

VICTORIA: Que quizá sea el que, de verdad, la necesita.

JULIA: No sé si me ha necesitado alguna vez.

VICTORIA: Nosotras pensamos que sí, que somos imprescindibles y que sin nosotras el caos. Pero otras veces me doy cuenta de que lo que somos es un estorbo. ¿No ha oído nunca eso de que a las madres había que hacerlas desaparecer a todas?

JULIA: Alguna vez.

VICTORIA: La verdad es que nos quieren hacer desaparecer porque no pueden vivir sin nosotras, o al menos es la ilusión que nos hacemos.

ESCENA 18

PASTORA: A propósito de papeles, ¿recortaste las esquelas de ayer?

JUSTA: Sí.

PASTORA: Recuerda que mañana tenemos funeral en san Jerónimo el Real.

JUSTA: A las ocho de la tarde.

PASTORA: En los jerónimos es donde más me gustan los funerales.

JUSTA: Tampoco están mal en la Concepción.

PASTORA: Sí, pero en San Jerónimo tienen un aire especial, parecen más funerales que en cualquier otro sitio. Además se respira señorío, distinción.

JUSTA: Eso es lo que tienen de malo las catástrofes, que hay mucha mezcla.

PASTORA: Depende, Justa. En los accidentes de aviación suele haber gente muy parecida.

JUSTA: Es que hay accidentes y accidentes. Unos tienen más categoría que otros.

PASTORA: Mujer, claro, ¿dónde vas a comparar lo de un antro como el de hoy con un accidente aéreo?

JUSTA: En los aviones va siempre gente de carrera.

PASTORA: Un accidente de aviación es muy distinguido, sobre todo si es vía Ginebra, no como los accidentes de tráfico que son una vulgaridad.

ESCENA 19

Clara sigue maquinando la forma de no quedarse en la calle si le sucede algo a su Paquito.

CLARA: ¿Tú crees que si le hablo a la vieja me hará caso?

REDONDA: No esperes nada en su testamento.

CLARA: La tía está forrada. El Paquito tiene para largo en el hospital, y yo, desde luego, no me quedo en la calle.

Fátima entra en la sala de espera.

REDONDA: Ya me dirás entonces qué es lo que vas a hacer.

CLARA: Suponte que me hago la mártir, me acerco a ella y le hablo de lo amigos que eran el señorito Rodrigo y

mi Paquito; y que el señorito Rodrigo me ayudaba porque era la madre de su mejor amigo, y que ahora, con esto del accidente, y por la amistad de nuestros hijos, si ella pudiera...

REDONDA: Te manda a la mierda, fijo.

CLARA: Entonces, si no quiere ayudarme tendré que vender algunas cosillas como unas «afotos» del señorito Rodrigo con el Paquito, que tenías que verlas. Al fin y al cabo el marido de la señora era un banquero importante, y hay revistas de esas que pagarían lo que fuese por publicar las «afotos» íntimas del hijo de un banquero famoso.

REDONDA: Pero qué guarra eres.

CLARA: Así que si no quiere comprar las fotos, ya veré qué es lo que hago con ellas.

REDONDA: ¿Y si no te las compra?

CLARA: Las comprará, la conozco. Menuda es esta gente. Es capaz de lo que sea con tal de guardar el honor de la familia.

REDONDA: ¿Y el Paquito?

CLARA: Encantado. Eso de salir en las revistas siempre le gustó. Una vez mandó una foto suya, desnudo, a una, y se la publicaron.

REDONDA: ¿Y tú dónde has aprendido todas esas guarradas?

Las dos hermanas bajan, y se instalan en la sala de espera.

ESCENA 20

Elena, recuperada de su ataque de histeria, se despierta e incorpora. Isabel sigue pendiente de ella.

ISABEL: ¿Cómo te encuentras?

ELENA: Bien.

ISABEL: Todavía no han dado los partes médicos.

ELENA: Me tiene sin cuidado. Cuando quieras nos vamos a casa.

ISABEL: Ni pensarlo. Yo no me muevo de aquí sin solucionar esto. No estoy dispuesta a servirles en bandeja a nuestras amistades, que son unas víboras, la brillante noticia de que Elena, la hija de Isabel Gómez de Gómez, se ha casado con un maricón.

ELENA: Yo no lo quiero volver a ver.

ISABEL: No puedes hacerme eso Elena. Los escándalos sexuales son muy golosos. Por cierto, con esto del sida, ¿no te habrá contagiado?

ELENA: Me da igual.

ISABEL: No digas tonterías, anda. El otro día decía un periódico que no se iban a publicar los nombres de ese tipo de enfermos. Eso afecta a la intimidad de las personas, y no es cuestión de dar tres cuartos al pregonero por algo que no quieres que se sepa.

ELENA: ¿Sí? Mira los famosos.

ISABEL: Es distinto. Ellos se deben a su público. Nosotros tenemos derecho a nuestra intimidad y por tanto a que no se publique el nombre de Luis.

ELENA: A mí me da todo igual.

ISABEL: Voy un momento al lavabo. Enseguida vuelvo.

ESCENA 21

Las luces conducen la atención hacia el despacho de Charro. Lucía entra sin llamar con unos papeles en la mano.

Charo está en la misma situación en la que la dejamos antes, muy abatida, con la cara entre las manos.

LUCIA: ¿Qué te pasa?

CHARO: Qué quieres que me pase; que estoy harta. Una noche más como esta y acaban conmigo. Todo son problemas, la gente es pesada, no se entera de las cosas, les tienes que andar explicando todo. Encima me ha llamado Miguel. Está pesadísimo, y hablar con él me pone más nerviosa todavía.

LUCIA: ¿Qué harías si a Miguel te lo hubiesen traído entre los heridos?

CHARO: Alegrarme. Así ya tendría excusa para darle la patada.

LUCIA: Abajo hay una antigua compañera mía, de la Escuela de Enfermeras. Un amigo suyo es uno de los heridos. Yo siempre creí que eran novios, y estoy convencida de que está enamorada de él como una colegiala. Viven juntos y no hay nada entre ellos. Debe ser espantoso vivir con alguien de quien estás enamorada y saber que nunca te corresponderá.

CHARO: ¿Ella tampoco sabía nada?

LUCIA: Supongo que sí, pero le debía quedar ese resquicio de esperanza de que algún día su enamorado decidiera dar un cambio de rumbo a su vida.

CHARO: En esta noche va a haber muchas sorpresas.

LUCIA: ¿Tú crees que se publicarán mañana los nombres de los heridos?

CHARO: Me tiene sin cuidado.

LUCIA: Imagínate lo que debe ser para un tío que va de tío, ver su nombre en el periódico en una lista así.

LUCIA: ¿Tú cómo reaccionarías si supieras que tu padre o tu hermano lo fueran?

CHIARO: Nunca me lo he planteado. Pero como sé que no lo son, no me preocupa.

LUCIA: Tampoco lo sabía la chiquita del ataque, y mira cómo le ha salido el marido.

ESCENA 22

Lola se siente avergonzada. Fátima al verla adivina su abatimiento. Se le acerca con intención de hacerle algo más grato el mal momento.

FATIMA: Qué largas se hacen las horas cuando se espera.

LOLA: Llevo la vida entera esperando.

FATIMA: Yo también, pero, en realidad, no sé a qué.

LOLA: Desde niñas vivimos con la ilusión de que las cosas nos van a salir como queremos y durante un tiempo el engaño funciona. Nos enamoramos, creemos que nos corresponden, damos lo mejor que tenemos; pero con cuatro cucamonas nos engatusan, y cuando queremos darnos cuenta nuestra vida se reduce a una ventana a la que te asomas, día tras día, esperando la llegada de un camión.

FATIMA: Lo bonito es que ese camión siempre llega.

LOLA: No, no siempre, unas veces lo hace a deshora, otras con retraso y en ocasiones no aparece.

FATIMA: De eso sé bastante.

LOLA: ¿Su marido también es camionero?

FATIMA: *(Sonríe)* No. Me refiero a los retrasos y a las ausencias.

LOLA: Teo no tiene sentido de la puntualidad. Por más que le digo, nada. Menos mal que no salimos, porque si no, siempre llegaríamos tarde. El caso es que es bueno, y

tiene detalles conmigo..., *(pausa)* Aunque no sé si es por sensibilidad o por remordimiento.

FATIMA: ¿Por remordimiento?

LOLA: Yo creo que de vez en cuando se busca por ahí apaños. Le advierto que son sólo suposiciones. Pero debe de tener sentimientos de culpabilidad porque, de pronto, me hace regalos sin venir a cuento.

FATIMA: Eso es señal de cariño.

LOLA: Si mi marido me quiere y me lo demuestra, pero no sé qué hacer para que domine esa debilidad que siente por las mujeres. Debe de ser de nacimiento y contra eso no se puede hacer nada.

ESCENA 23

*Justa y Pastora continúan su labor de crítica y cotilleo.
Poco después Lola se levanta y sale al vestíbulo.*

PASTORA: En el Cementerio Civil había que enterrarlos a todos, que es donde se entierra a los sinvergüenzas.

JUSTA: ¿No es a los ateos y a los suicidas?

PASTORA: Y a los degenerados, que es lo que son estos. Ya sabes lo que le pasó al hijo de la Inocenta.

JUSTA: No.

PASTORA: Si lo sabe todo el barrio. Se metió un pepino untado en aceite y se lo tuvieron que llevar a urgencias.

JUSTA: ¿Cómo no me lo contaste?

Permanece en silencio mirando a Pastora, porque no entiende nada.

JUSTA: ¿Dónde se lo metió?

PASTORA: No es que parezcas tonta, Justa, es que lo eres.

JUSTA: Hay muchas costumbres que no conozco.

PASTORA: Más te vale, para lo que hay que ver...

JUSTA: Es que hay mucha libertad...

PASTORA: Demasiada.

ESCENA 24

Elena sigue con los ojos cerrados, aparentemente dormida. Fátima, que está sentada muy cerca de ella, le habla, convencida de que no le oye.

FATIMA: No sabes lo que tienes con que sea tu marido. Yo no lo conseguiré nunca. Tú no sabes lo que es vivir al lado de alguien a quien necesitas, sin que te haga caso.

Elena abre los ojos sin que Fátima se percate de ello.

FATIMA: Trata de ayudarle. Seguro que eres la única persona en la que puede confiar. Quiérole, tú que puedes.

ELENA: Es que a ti no te ha engañado.

Isabel regresa del lavabo.

ISABEL: ¿Estás mejor?

ELENA: Sí

ESCENA 25

Victoria y Julia se entregan de lleno a las confidencias.

JULIA: Tiene dieciocho años.

VICTORIA: El mío cuarenta y cinco. Estaba segura desde que nació. Traté por todos los medios de darle una educación apropiada, pero de nada sirvió. Supongo que hay destinos que se tuercen y ya no hay manera de enmendarlos.

JULIA: Los destinos no se fuercen. Hay que aceptar a las personas como son y más a nuestros hijos.

VICTORIA: Es muy difícil. Yo lo he intentado, pero cada día que pasa es peor. Si al menos estuviera con alguien, pero no. No me cuenta nada, supongo que con la mejor intención. Le parecerá una tontería, pero cuando suena el teléfono ya sé si se trata de un amigo o de un amante. Me resulta muy fácil descubrir si le va bien o mal, y cuál es su estado de ánimo, que siempre está relacionado con su vida sentimental, si es que a eso se le puede llamar así. Yo me hago la tonta, como si no me enterara de nada.

JULIA: Un día, estábamos comiendo mi marido y yo. El chico tenía entonces dieciséis años, entró en el comedor, nos dijo lo que sentía y cuáles eran sus inclinaciones; todo con la mayor naturalidad. A mí se me vino el mundo encima, pero reaccioné enseguida. Desde entonces veo las cosas de otra manera. Trato de comprenderlo todo, no me cierro ante nada y procuro servirle de apoyo. Ahora, el que lo lleva fatal es mi marido.

VICTORIA: El mío creía que estos asuntos se solucionaban a palos. Tuve la suerte de quedarme viuda muy pronto, porque el pobre era el hombre más bruto que he conocido. Pero Dios me lo dio, Dios me lo quitó; bendito sea el Señor.

ESCENA 26

Isabel, sentada junto a Elena, busca explicaciones a la nueva situación matrimonial de su hija.

ISABEL: Perdona que me meta donde no me llaman, pero en la cama, hija, ¿no notabas nada raro?

ELENA: Mamá, por favor.

ISABEL: Si fuese a un médico a lo mejor se arreglaba todo.

ELENA: Yo he sido la tapadera de Luis. El tiene una carrera muy brillante ante sí. Soltero, podría ser motivo de comentarios. Casado, nadie diría nada. Me eligió a mí porque soy lo suficientemente mona como para llevarme al lado, y lo bastante tonta como para seguir con su vida, sin que yo me enterara.

ISABEL: Ay, hija, eres de lo más melodramática. Ahora, lo importante es evitar el escándalo. Para empezar, no puedes seguir casada con «eso». Tenemos que hablar con él y organizarnos. Yo, desde luego, no creo que pueda mirarle a la cara como le miraba antes. ¿Qué conversación voy a tener con él? No voy a saber de qué hablar.

ELENA: ¿Por qué no nos vamos?

ISABEL: De ninguna manera. Ya te he dicho que de esta clínica no salgo sin que se haya solucionado el asunto.

Elena se tumba en el sofá e Isabel se interesa enseguida por ella.

ESCENA 27

Lucía trata de levantar el ánimo de Charo.

LUCIA: (*Sonriendo*) Una vez, una amiga mía entró en una discoteca, no le advirtieron nada y se encontró con que lo único que había eran chicos, todos guapísimos y muy bien vestidos. Sólo vio a otras dos chicas y pensó que aquella iba a ser, por fin, su noche gloriosa. Tocaban a casi doscientos chicos por chica. La primera sorpresa fue cuan-

do se cruzó con dos apolos, la miraron de arriba a abajo y dijeron: «otro chocho». La pobre se dio la vuelta, y vio a dos tipos como dos castillos dándose un morreo de campeonato. Entonces comprendió dónde se había metido.

CHARO: ¿Y tú qué harías si descubrieras que Manolo es marica?

LUCIA: No lo sé. Nunca había pensado en eso. Imagino que me llevaría una sorpresa tan grande que no sabría cómo reaccionar. Y una vez que reaccionase supongo que le pegaría una leche y lo mandaría a la mierda.

CHARO: ¿Y si estuvieses verdaderamente enamorada de él?

LUCIA: Yo creo que lo estoy y te digo lo mismo: no lo sé. Si le quiero de verdad y le necesito, procuraría que no se enterara nadie y trataría de quitarle el vicio. A lo mejor a fuerza de estar con una mujer se le olvidaban los hombres. No sé. Quizá los tíos se vuelven maricas porque no han estado nunca con una mujer. Y si te encuentras con uno al que quieres, con un poco de paciencia, a lo mejor consigues que cruce de acera.

CHARO: A mí eso de ser semáforo no me va. Que se las apañen como puedan.

LUCIA: Te dejo porque me estoy deprimiendo. Ahora me va a parecer que todos los hombres lo son, y cuando pienso eso me entran ganas de llorar.

CHARO: Mira, tengo la solución: nos liamos tú y yo y las dos tan felices.

LUCIA: Qué cosas dices Charo.

CHARO: Anda, no vamos a ser menos. A mí no me importaría liarme con una mujer. Mi experiencia con los hombres ha sido de lo más desgraciada.

LUCIA: Yo creo que no podría.

CHARO: (*Insinuante*) ¿Quieres que hagamos la prueba?

LUCIA: (*Con displicencia y absoluta frialdad*) ¡Anda, calla!

Sale, baja en el ascensor y se pierde por el pasillo.

ESCENA 28

Victoria y Julia se desahogan contándose sus respectivas experiencias.

JULIA: Al principio, cada vez que salía de casa perdía los nervios. Ese no saber a dónde iba, ni con quién. No podía imaginarme los amigos que tendría, ni los sitios a los que iría. Lo suponía siempre rodeado de gente de la peor especie y pensaba que el día menos pensado me lo traerían a casa cosido a navajazos. Pero pronto me di cuenta de que todo eran exageraciones mías.

VICTORIA: La imaginación nos juega muy malas pasadas, querida. Mi hijo nunca me dice nada, pero entre las cosas que una lee en los periódicos o ve en las películas, palabras sueltas que se captan de alguna conversación telefónica, algunos amigos de mi hijo, que conozco y que son como él, he sacado la conclusión de que el ambiente en el que se mueve es asqueroso, pero no violento. Ultimamente, además, tiene por ahí un amiguito joven, hijo de una antigua muchacha que tuve, (*mira a Clara*) que le está sacando todo el dinero que puede.

JULIA: Mi hijo también tiene mucha consideración. Suele decirme a dónde va o con quién sale. Y eso me tranquiliza.

VICTORIA: No se fie, puede mentirle. Mi hijo me quiere

mucho y trata de evitarme disgustos. Pero sus silencios, y a veces sus explicaciones resultan demasiado elocuentes. Todo encaja perfectamente, no hay el menor cabo suelto. No hay espontaneidad cuando cuenta algo que intenta ocultar, y sabe que me hará sufrir si lo sé.

JULIA: Lo único que quiero es que pase pronto todo esto.

VICTORIA: ¿Usted también?

Julia mira a Victoria no entendiendo muy bien el sentido último de sus palabras.

VICTORIA: ¿Si su hijo muriese...?

A Julia por toda respuesta se le saltan las lágrimas.

VICTORIA: Perdone, soy, a veces, algo brusca en mis preguntas. *(Pausa)* Para mí supondría una gran tranquilidad. Yo moriré pronto, y la idea de dejarle solo me horro-riza. En ocasiones pienso, ingenuamente, que mi presencia, mi vida junto a él supone un freno, una especie de escudo protector. No lo sé. ¡Qué dura ha sido la vida con nosotras!

JULIA: Eso nunca se sabe. A unos les pasan unas cosas y a otros otras.

VICTORIA: Nunca había hablado así de mi hijo. Lo único que hacía era dar vueltas y vueltas a las mismas ideas, a los mismos pensamientos. Ha habido días que creí volver-me loca. En este asunto me he sentido siempre tan sola...

JULIA: Todas estamos solas, hablemos o no hablemos de ello. Y después los vecinos, la familia, los amigos, cada cual con esa forma tan mezquina de ver las cosas, acentúa nuestra soledad.

VICTORIA: Y la verdad, no sé por qué nos preocupamos. Pues ellos parecen felices.

JULIA: Los habrá felices y otros que no lo sean tanto. Supongo que todo es cuestión de carácter.

VICTORIA: (*Pausa*) Es la primera vez que hablo de esto con alguien, y me siento serena, a pesar de todo.

JULIA: Expresar en palabras los propios pensamientos, las preocupaciones, ayuda y tranquiliza. Pero por mucho que se hable, nuestra realidad sigue existiendo. Me he preguntado muchas veces por las causas de lo que me pasa y no encuentro respuesta.

VICTORIA: Nosotras somos las culpables, querida. Por todas partes se habla de la mala influencia de las madres. Por más vueltas que le doy no lo entiendo. Pero si alguna vez le dicen que alguien es así o asao, no lo dude, seguro que tiene madre.

JULIA: (*Sonríe*) Quizá las cosas no sean tan simples.

VICTORIA: Las cosas son mucho más sencillas de lo que parece, lo que pasa es que el mundo está lleno de profesionales del embrollo. De alguna manera hay que ganarse la vida.

ESCENA 29

Antonia regresa de los lavabos y ve a Lola en el vestíbulo.

ANTONIA: Ya falta poco para que amanezca.

LOLA: Sí.

ANTONIA: ¿Vive usted muy lejos?

LOLA: Bastante.

ANTONIA: Tendrá problemas con el transporte.

LOLA: No, porque nunca bajo al centro. Las tiendas que necesito las tengo cerca de casa.

ANTONIA: Es una suerte. Yo vivo en un barrio muy bueno, tan bueno que no hay tiendas.

que una se abrigue. Siempre que he ido a un hospital ha sido para ver morir a alguien o para acompañar en las desgracias. No me gustan los hospitales.

Silencio. Lola no responde y Antonia decide preguntar directamente.

ANTONIA: ¿Ha sabido algo de su marido?

LOLA: (*Dubitativa y nerviosa*) No.

ANTONIA: Lo peor en estos casos es siempre la espera, aunque supongo que no queda otro remedio. En las catástrofes, ya se sabe, hay mucha desorganización, porque como son de repente, nadie se las espera, y claro, cuando ocurren, todo el mundo pierde el culo para verse libre de culpa.

LOLA: La asistente social me ha dicho que mi marido está internado por un accidente de tráfico.

ANTONIA: No sabe usted cuánto me alegro.

LOLA: Yo ya suponía que había algún error.

ANTONIA: Es que el tráfico es como una plaga. Yo le digo a mi señorito que tenga cuidado, porque mi señorito sale mucho por las noches, y, ya se sabe, de madrugada, la gente bebe, se alegra un poco y se pierde el control con más facilidad. A mí no me gusta que salga, pero tiene muchos amigos, y, claro, al final pasa lo que tiene que pasar. Es un buen chico. En mi cumpleaños siempre me regala flores.

LOLA: Mi marido también me regaló flores el día de nuestro aniversario.

ANTONIA: La gente dirá lo que quiera, pero estos chicos tienen una sensibilidad especial, porque si no, ¿a quién se le ocurre regalar flores el día del cumpleaños de una? La verdad es que son muy finos.

LOLA: (*Molesta por el comentario de Antonia*) Mi marido es una víctima del tráfico.

LOLA: Vaya trastorno.

ANTONIA: No se puede figurar.

LOLA: Yo me organizo bien. Con eso del camión, Teo pasa mucho tiempo en carretera. Sabe Dios lo que comerá por ahí.

ANTONIA: Imagínesele, porquerías.

LOLA: No crea. Los camioneros tienen fama de comer bien. Por eso procuro esmerarme en la cocina. Él lo aprecia.

ANTONIA: Eso que lleva usted ganado. No todos los hombres saben apreciar lo que tienen en casa.

LOLA: El, sí. Es muy hogareño. *(Pausa)* En realidad, sólo viene a comer y a dormir.

ANTONIA: Eso es bastante general entre los hombres.

LOLA: Paso tanto tiempo sola que he pensado en ponerme a trabajar, pero no sé hacer otra cosa que limpiar, planchar y cocinar.

Lucía aparece por el fondo y sube al despacho de Charo.

ANTONIA: ¿Y le parece poco?

LOLA: Pues, francamente, sí. Las chicas de hoy parecen tan preparadas.

ANTONIA: Ese es el verdadero problema entre los hombres y las mujeres.

LOLA: ¿La preparación?

ANTONIA: Sí, los hombres no están preparados para convivir.

LOLA: Mi marido me ayuda en casa. A veces plancha.

ANTONIA: Mire usted, qué «apañao».

LOLA: Le gusta ir muy arreglado.

ANTONIA: Como a mi señorito, que va siempre hecho un pincel.

LOLA: Lo de anoche fue por culpa del cansancio. Pasa horas y horas al volante. No duerme. Se agota. Todavía no me explico cómo no ha tenido más accidentes a lo largo de su vida.

ANTONIO: Eso es como la lotería, nunca se sabe cuándo le va a tocar a uno.

LOLA: Es tan peligroso conducir.

ANTONIA: ¿Y dónde no hay peligro? Las ciudades están llenas de trampas.

LOLA: Las carreteras son peores.

ESCENA 30

Lucía entra en el despacho de Charo.

LUCIA: Toma, los primeros partes, hay dos muertos.
Charo lee los papeles que le entrega Lucía.

CHARO: Ahora vendrán las reclamaciones, los gritos y los llantos, y yo en medio, como si fuera la culpable de todo lo que ha ocurrido.

LUCIA: ¡Qué depresión!

CHARO: En lugar de deprimirme ve preparando tranquilizantes que va a haber más de un desmayo.

LUCIA: Si no se han desmayado ya después de la nochecita que llevamos, no creo que se desmaye nadie. Hasta luego.

CHARO: Adiós.

Lucía sale, y Charo permanece unos instantes, sentada a su mesa, leyendo los partes médicos que le acaba de entregar Lucía. Toma unas notas. Apaga la luz. Se levanta y sale del despacho.

ESCENA 31

Julia se levanta.

JULIA: No sabe cómo le agradezco este ratito de conversación. Yo tampoco había podido hablar de esto con nadie, excepto con mi marido. Lo malo es que a fuerza de dar vueltas a lo mismo con la misma persona, las palabras se envician y se pierde perspectiva al analizar las cosas.

Victoria se levanta también.

VICTORIA: Estoy encantada de haberla conocido, aunque haya sido en estas circunstancias.

JULIA: Es tan difícil encontrar a alguien con quien poder hablar.

ESCENA 32

Justa y Pastora continúan sentadas en la sala de espera. Empiezan a sentirse incómodas y deciden marcharse.

PASTORA: Aquí está todo demasiado tranquilo.

JUSTA: Yo creo que estamos perdiendo el tiempo.

PASTORA: *(Se levanta decidida)* Vámonos al Hospital General, seguro que allí hay más movimiento.

JUSTA: Hemos hecho una visita en balde.

PASTORA: No lo creas. Esta clínica no la conocíamos.

JUSTA: Y la verdad, no es gran cosa.

PASTORA: Donde esté un gran hospital, que se quite cualquier clinicucha. Porque cuidado que son sosas las pobres.

Las dos mujeres se encaminan hacia la puerta.

PASTORA: Pero antes, vamos a pasar por el depósito. Seguro que hay algún deceso, y de paso lo conocemos.

JUSTA: Sí, Pastora.

PASTORA: Vamos, Justa.

Justa y Pastora abandonan la sala, cruzan el vestíbulo y bajan en el ascensor.

ESCENA 33

Amanece. Los primeros resplandores del día se cuelan por las ventanas de la sala de espera. Las que allí permanecen están casi agotadas.

Clara y Redonda, en sus sillas, se han entregado al sueño.

Antonia pasea por la sala con su bolso al brazo.

Beatriz, con los ojos perdidos en el infinito, sigue tomando pastillas.

Lola permanece en el vestíbulo, resistiéndose a entrar en la sala. Quiere marcar distancias con las otras mujeres. Ella no se ha dormido. Los nervios la mantienen en tensión.

Fátima hojea una revista y Elena, sentada en el sofá, muy reconcentrada en sí misma, parece cabilar algo. Isabel, al lado de su hija, se ha dormido.

Charo aparece en el vestíbulo con papeles en la mano. Lola, al verla se acerca a ella.

CHARO: Juan López Sanz, ¿verdad?

LOLA: Sí.

Charo consulta sus papeles.

CHARO: Sólo una pierna rota y una conmoción cerebral leve.

LOLA: ¿Entonces no está grave?

CHARO: No. Tendrá que permanecer internado unos días, pero se pondrá bien. Unas dos semanas, sobre todo, para prevenir complicaciones.

LOLA: ¿Se le puede ver ya?

CHARO: En estos momentos los están trasladando. Pregunte en el mostrador y le dirán el número de habitación.

LOLA: Muchas gracias, señorita.

CHARO: Me alegro de que su marido no haya salido tan mal parado de ésta.

LOLA: Sí, es verdad, porque en los accidentes de tráfico nunca se sabe. Adiós.

Lola se limita a esbozar una sonrisa y decidida, cruza el vestíbulo y abandona el hospital.

ESCENA 34

Antonia, al ver acercarse a Charo, imagina que trae noticias y corre hacia ella.

ANTONIA: ¿Qué puede decirme?

CHARO: Los están trasladando a sus habitaciones.

ANTONIA: ¿Cómo se encuentra mi señorito?

CHARO: ¿Cuál es su nombre?

ANTONIA: Víctor Fuentes García.

CHARO: *(Consulta sus papeles)* Ha habido que operarle porque tiene varias costillas rotas, pero se recuperará.

ANTONIA: ¿Cuándo se le va a poder ver?

CHARO: Pregunte en recepción.

ANTONIA: ¿Y no está grave?

CHARO: No, aunque va a necesitar que le cuiden.

ANTONIA: Eso es lo de menos.

Antonia le coge una mano a Charo y se la besa llena de emoción.

ANTONIA: Muchas gracias, señorita. No sabe la alegría que acaba de darme.

Antonia refleja en su rostro una intensa alegría y, exultante, camina sin separarse de Charo, hablando atropelladamente, dominada por la emoción de que, al fin, podrá entregarse a su gran pasión: cuidar de su señorito.

ANTONIA: Nadie lo va a cuidar como yo. Tendrá todas las atenciones que necesite; además se las merece. Es tan bueno conmigo, y con todo el mundo. Las mujeres se lo rífan, porque además de guapo tiene herencias. Pero él no se casa, ¡Ca! Es un tipo muy listo, mi señorito. Le gusta rodearse de personas con cultura. Porque mi señorito es muy culto; le gusta la ópera. Tiene muchos amigos, y claro, con tantos, siempre hay alguno un poco raro. Fíjese, estoy convencida de que ha sido el señorito Buenaventura Augusto, que tenía usted que verlo, el que le ha llevado a ese sitio. Pero no se vaya a creer, mi señorito es muy hombre. Los raros son sus amigos.

CHARO: Me lo imagino.

ANTONIA: Gracias otra vez, señorita.

Al llegar las dos mujeres a la puerta de la sala, Charo entra, y Antonia da media vuelta y se dirige al mostrador del vestíbulo. Al ver a Charo, Isabel, Julia y Fátima se levantan y se le acercan.

ISABEL: ¿Qué se sabe de Luis Díaz Clavijo?

Charo consulta sus papeles.

CHARO: Fractura de parietal. Pasará un tiempo con la cabeza vendada; tiene contusiones por todo el cuerpo y fractura de dos dedos del pie derecho. Se repondrá sin problemas.

ISABEL: Muchas gracias.

Regresa a donde está Elena.

JULIA: ¿Alfredo Vela Martín?

Charo consulta sus papeles.

CHARO: Fuera de peligro. Tiene un brazo fracturado y contusiones por todo el cuerpo, pero nada grave.

Julia refleja en su rostro la alegría que le supone saber que su hijo vive y se repondrá sin graves secuelas.

JULIA: Gracias.

Sale de la sala y vuelve al teléfono que hay en el vestíbulo. Abre el bolso y busca unas monedas.

Isabel parece caer en la cuenta de algo.

ISABEL: Quería pedirle un favor: que no se publique su nombre.

CHARO: No se preocupe.

ISABEL: Veremos cómo se puede solucionar todo este asunto.

Regresa a la sala.

Fátima se acerca a Charo.

FATIMA: ¿David Peña?

CHARO: Ha habido desviación de columna y además tiene ambas clavículas rotas. No se sabe las consecuencias que puede tener.

FATIMA: Quedarse paralítico, por ejemplo.

CHARO: Mujer, tampoco es para ponerse así.

FATIMA: Prefiero ponerme en lo peor.

CHARO: ¿Tú eres la compañera de Lucía?

FATIMA: Sí.

CHARO: Saldrá adelante, aunque tendrá que pasar un tiempo inmovilizado.

FATIMA: Gracias.

ESCENA 35

*Beatriz se ha quedado profundamente dormida en su silla.
Ya no se despertará.*

Charo entra en la sala de espera. Clara, Redonda y Victoria se le acercan.

VICTORIA: ¿Cómo está?

Charo hace un gesto negativo con la cabeza.

VICTORIA: ¿Ha muerto?

CHARO: Sí.

CLARA: ¿Y Francisco Ruiz?

CHARO: También.

Victoria no se inmuta, permanece seria y serena.

Clara, en cambio, rompe a llorar con desconsuelo. Redonda le rodea con sus brazos como queriendo compartir su dolor.

CHARO: Lo siento. Han sido los dos únicos fallecidos en este centro. Se ha hecho todo lo humanamente posible por sacarlos adelante.

VICTORIA: *(Tras unos instantes de silencio)* ¿Puedo verlo?

CHARO: Está en el depósito.

VICTORIA: ¿Por dónde?

CHARO: En el segundo sótano.

VICTORIA: Le agradezco todo lo que ha hecho por mí.

CHARO: Siento no poder darle mejores noticias.

VICTORIA: *(Conteniendo la emoción)* Son las mejores que me podía traer.

Victoria, muy digna, sale de la sala, pero antes de llegar al vestíbulo, Clara se despega de su hermana y se acerca a Victoria.

CLARA: (*Dubitativa y tímida*) Señora, señora.

Victoria se detiene y se da la vuelta. Clara, a cierta distancia, estruja su pañuelo entre las manos. Baja la vista. Apenas se atreve a mirarla.

CLARA: Señora, quería,... quería...

Clara no puede reprimir la emoción del momento; se echa a llorar y extiende los brazos hacia Victoria con la intención de abrazarla; pero en el momento en que está a punto de tocarla, ésta levanta el bastón y lo apoya en el pecho de Clara, junto al hombro, impidiendo así que le abrace. Victoria le habla con profundo resentimiento, odio y rechazo.

VICTORIA: ¡No se puede usted imaginar lo que me alegro! Clara, derrotada por el dolor, cae de rodillas. Redonda trata de ayudarla a levantarse.

REDONDA: (*A Victoria*) ¡Bruja!

Victoria, muy digna, abandona la sala de espera, cruza el vestíbulo y sale de escena. Charo se acerca a las dos mujeres.

CHARO: Ustedes también deben pasar por el depósito para identificarlo. Cualquier problema que tengan, no duden en preguntarme; les ayudaré en lo que pueda. Les acompaño.

Las dos hermanas, dominadas por el dolor, siguen a Charo hasta el ascensor y salen.

ANTONIA: ¿Qué tal está su hijo?

JULIA: Bien.

ANTONIA: ¡Cómo son los jóvenes! Se meten en cualquier parte. Mi señorito también se encuentra bien. Pero no sé nada de los amigos con los que iba. Tiene amigos de muchas clases, ¿sabe usted? Le enredarían y terminarían en ese sitio. Sus amigos son muy raros.

JULIA: Por supuesto. Cuando se quiere a alguien se le disculpa todo. Yo también estoy segura de que mi hijo estaba allí por casualidad.

ANTONIA: Es que la vida está llena de casualidades. Mi madre, que en paz descanse, siempre me enseñó a no juzgar por las apariencias. Las apariencias engañan, me decía. Lo que nos parece de una manera, después resulta que es de otra.

JULIA: A mí, en cambio, durante toda mi vida me han estado repitiendo que piense mal y acertaré. Pero tampoco hago mucho caso.

ANTONIO: En el fondo es lo mismo.

JULIA: Y tanto.

A Julia le termina molestando el interés de Antonia por ocultar la realidad de su señorito.

ESCENA 36

Isabel, a Elena que está ensimismada, enumera soluciones tras conocer el parte.

ISABEL: Tiene vendada la cabeza, rotos dos dedos de los pies y contusiones por todo el cuerpo. Podemos subir a verle en unos minutos. Ah, y no van a publicar su nombre, así que nadie se va a enterar de lo que ha pasado. Cuando salga de la clínica, lo mandamos al chalet de sierra, decimos que ha tenido un accidente mientras esquiaba en el Pirineo catalán, preparas el divorcio y ya está.

ELENA: Qué fácil lo ves todo, y lo bien que lo organizas.

ISABEL: ¡No pensarás pasarte la vida con un marica!

ELENA: ¿Y si no lo fuese?

ISABEL: ¿Qué quieres decir?

ELENA: Que hubiese entrado a ese sitio por equivocación. Suponte que me reúno con un grupo de amigas a cenar. Después voy a tomar una copa, entro en un bar, y me encuentro con idas y venidas, salidas y entradas. Entonces me doy cuenta de que estoy en una barra americana. En ese momento se cae el techo, y resultó ser una de las heridas. ¿Tú crees que por eso va a pensar todo el mundo que soy una chica de alterne?

ISABEL: Hija, por Dios, qué cosas dices.

ELENA: Lo mismo le puede haber ocurrido a Luis. Suponte que tomando copas con un grupo de amigos entró en ese sitio sin saber dónde se metían. Piensa que no hay carteles en los que indican: «Sólo para maricas», «sólo para putas».

ESCENA 37

Julia, que lleva un rato intentando hablar con su casa por teléfono, lo consigue al fin.

JULIA: Alfredo, soy Julia... Sí, parece que no es grave... Un brazo roto, golpes y magulladuras por todo el cuerpo, pero nada grave... Bueno, no te pongas así... Con eso lo único que vas a conseguir es que se vaya de casa... Un poco cansada, pero más tranquila. Sí, ahora desayunaré, en cuanto le vea... Acuérdate de despertar a Patricia antes de salir. No, no te preocupes. Si está bien aprovecharé para irme a casa y echarme un rato. Supongo que él también tendrá ganas de dormir, no creo que haya pegado ojo en toda

la noche... Si no te llamo a la oficina es que todo sigue igual... *(Con gesto de resignación)* No, no van a publicar el nombre sin nuestra autorización... Yo por mí, la verdad... Pues a ver qué historia te inventas para que se la crean los vecinos, la familia y las niñas... No, no me llames porque estaré echada... No me va a dar tiempo... Mira, por una vez que comas fuera de casa no te va a pasar nada.

ESCENA 28

Isabel y Elena siguen su particular lucha por ponerse de acuerdo.

ELENA: No quiero divorciarme. Quiero que sea el propio Luis quien me dé una explicación. Si me convence, seguiré con él como hasta ahora, y si no me vengaré, no sé todavía cómo, pero pienso vengarme con toda la fuerza y la crueldad del que, de pronto, sabe que le engañan.

ISABEL: La vida está llena de sorpresas.

ELENA: Sólo hay que aceptar las circunstancias, conocerlas y adaptarse a ellas.

ISABEL: Por lo que más quieras, Elena, evita el escándalo. Lo de esta noche no se debe saber.

ELENA: Mira, mamá, la vergüenza que estoy pasando, sólo yo sé lo que es. Y la única persona que ha de pagar algún día por esto, es Luis. Así que haz el favor de no meterte en mi vida, aunque sólo sea por una vez.

ISABEL: Eres injusta. Sabes que todo lo hago por tu bien. Lo único que quiero es ayudarte.

ELENA: Pues te lo agradezco mucho, pero haz el favor de dejarnos en paz a Luis y a mí.

ISABEL: De todas formas, si te decides por el divorcio, conozco a un abogado discreto y de toda confianza, especializado en estos asuntos. Y si te dignas pensar en el futuro, recuerda a Pedro, el hijo de los Villena, siempre te miró con buenos ojos, sigue soltero y está a punto de caerle una dirección general.

Elena no responde a su madre.

ESCENA 39

Charo sale del ascensor, se encamina a la sala de espera y se acerca a Beatriz que se ha dormido.

CHARO: Perdona, ¿cuál es el nombre del herido? Por favor, ¿cuál es el nombre del herido?

Beatriz no despierta. Charo se decide a tocarle un hombro.

CHARO: Señora, por favor, ¿cuál es el nombre del herido?

Charo no llega a terminar la frase. Beatriz se desploma hacia un lado. Charo, angustiada, sale al vestíbulo y corre hacia la recepcionista.

CHARO: Avisa a Lucía.

Regresa a la sala y trata de reanimar a Beatriz. Las carreras de Charo alertan a las mujeres que esperan en el vestíbulo para subir a ver a los heridos. Todas corren a la sala a ver lo que ocurre.

ANTONIA: ¡Pobre mujer!

JULIA: ¿Qué ha pasado?

ISABEL: A lo mejor es una lipotimia. No creo que tenga importancia.

ANTONIA: Era una mujer muy callada, y tanto silencio no puede ser bueno.

Fátima trata de ayudar a Charo. Entra Lucía con una bandeja de medicamentos. Se acerca a Beatriz, le toca la frente, le busca el pulso.

LUCIA: No tiene pulso.

ANTONIA: ¡Santo Dios!

Beatriz tiene una mano metida en el bolso que cae desmadejada a un lado. Sostiene un tubo de pastillas. Lucía lo coge y observa de qué se trata, después saca una especie de Walky-talky y habla por él.

LUCIA: Dos auxiliares a la sala de espera. *(Mirando el tubo)* Esto es capaz de tumbar a un caballo.

CHARO: Hay que hacerle un lavado de estómago.

LUCIA: No creo que sirva de nada, pero por intentarlo...

Lucía sigue reconociéndola.

CHARO: ¿Cómo está?

LUCIA: Muerta.

Entran los dos auxiliares, colocan a Beatriz sobre la camilla y salen de escena.

Charo va hacia el ascensor y Fátima se queda.

ANTONIA: Pobre mujer. La veía ahí, tan callada, que, la verdad, tampoco apetecía hablar con ella.

JULIA: No se encontraría bien, los nervios, el cansancio...

ANTONIA: Hay que tener cuidado con las medicinas.

JULIA: Tiene usted razón.

ESCENA 40

Lucía se acerca a Fátima.

LUCIA: ¿Has avisado a su familia?

FATIMA: No, están en el pueblo y es preferible que no se enteren de nada. Cuando pase algún tiempo les contare cualquier cosa: que ha tenido un accidente de coche o que se le ha caído encima una cornisa, o algo por el estilo, qué sé yo. Imagínate cómo les caería la noticia. Si su familia se entera, le deshereda. Menudos son.

LUCIA: ¿Tú sabías que David...?

FATIMA: Por supuesto.

LUCIA: Pues fíjate que yo siempre creía que érais novios.

FATIMA: Eso es lo que a mí me habría gustado, y lo intenté, pero él me desengañó. Hasta le ofrecí que se viniera a la buhardilla. Quizá al estar cerca de mí... Pero nada. Mi casa parece un jubileo, todo el día entrando y saliendo gente, sus ligues. Y yo aguanto, porque a pesar de todo le quiero. Te parecerá absurdo, pero le quiero, aunque sé que no tengo ninguna posibilidad. Las dos únicas veces que nos hemos acostado estaba borracho y medio dormido, pero nunca las olvidaré.

LUCIA: ¿Te casarías con él a pesar de todo?

FATIMA: Como David, y casados, los hay a miles. Esa era mi esperanza, que me llegara a considerar su compañera. Incluso que se casara conmigo, pero nada.

LUCIA: ¿Crees que lo hubieras podido soportar?

FATIMA: No lo sé. Al principio supongo que sí. Con el paso del tiempo no lo sé.

ESCENA 41

Isabel se ha acercado al mostrador. Tras una breve conversación con la recepcionista, que no oímos, se acerca a Elena.

ISABEL: Vamos, ya está en la habitación.

ELENA: Sube tú. Yo no quiero verlo.

ISABEL: Hija mía, no te entiendo. Primero dices que es un cerdo, después empiezas a dudar de él, que a lo mejor estaba allí por casualidad, que si te tiene que dar explicaciones y ahora te niegas a verlo.

ELENA: No me apetece. No lo quiero ver.

ISABEL: Mira, Elena, subimos, le insultas, te despachas a gusto y nos vamos; además, como es una clínica privada, las habitaciones son individuales y nos podremos desahogar con bastante independencia.

ELENA: Tú no te metas en este asunto.

ISABEL: De acuerdo. Pero yo no me voy sin tener unas palabritas con él.

ELENA: Pues yo no subo.

ISABEL: Entonces, espérame. Bajo enseguida.

ESCENA 42

Lucía, impresionada por la situación de Fátima, sigue con sus preguntas.

LUCIA: ¿Y ahora qué vas a hacer?

FATIMA: Ocuparme de él mientras no se pueda valer por sí mismo. No creas que voy de mujer sacrificada por la vida, que no. Lo que ocurre es que cuando quieres a alguien eres capaz de hacer incluso lo que no harías por tus propios padres. Por eso, si ahora le cuido como si fuera mi... novio, no te quepa duda de que, en el fondo, existe una motivación interesada.

LUCIA: Me dejas tan sorprendida.

FATIMA: ¿Tú no serías capaz de hacer las cosas más inverosímiles por el tuyo?

LUCIA: Pues no.

FATIMA: ¿Estás muy enamorada?

LUCIA: Creía que sí, pero debo estar confundida. Yo quiero mucho a Manolo pero no podría aguantar lo que tú aguantas a David. Y desde luego sería incapaz de sacrificarme por él como tú por David. No podría soportar que Manolo me engañara.

FATIMA: David no me engañó nunca. Supe desde el principio cómo era.

LUCIA: Te envidio esa capacidad que tienes para querer a alguien.

FATIMA: Todo es cuestión de sensibilidades.

LUCIA: Espero que te vayan las cosas mejor que hasta ahora. Te lo mereces.

FATIMA: Como cualquier otra persona.

ESCENA 43

Clara y Redonda entran en el vestíbulo, Clara llora con amargura, Redonda está afectada pero serena.

CLARA: ¡En la calle, en la calle!

REDONDA: No te preocupes. Mientras encuentras algo te puedes venir a casa.

CLARA: Pero quién me devuelve a mi hijo.

REDONDA: No seas loca, Clara.

CLARA: Mi hijo, mi hijo.

REDONDA: ¿Tienes dinero para el entierro?

CLARA: ¡En la calle, en la calle!

REDONDA: Tendremos que hablar con la enfermera esa para que nos diga qué es lo que tenemos que hacer.

CLARA: Lo único que quiero es morirme.

REDONDA: Pues no te mueras, que no es el momento y no me vas a dejar a mí sola con el papeleo de dos entierros y sin dinero para esquelas.

CLARA: ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

REDONDA: Vamos.

Lucía y Fátima se despiden.

LUCIA: Bueno, Fátima, me voy, que tengo que cambiarme. Ya he terminado por hoy. Te invitaré a mi boda.

FATIMA: Gracias, yo subo a verlo.

Las dos mujeres se abrazan y besan. Se separan, y Lucía sale de escena.

Elena ha oído la conversación de las dos amigas. Reacciona, se levanta, se acerca al mostrador de recepción y pregunta.

ELENA: ¿Luis Díaz Clavijo?

RECEPCIONISTA: La 325.

Elena acude al ascensor.

ALTAVOZ: Doctor Antúnez, acuda a cardiología.

ESCENA 44

Un equipo móvil de rodaje para la televisión formado por una entrevistadora y una cámara entran en el vestíbulo. Se acercan a la recepcionista. Llevan unos aires de inequívoca superioridad.

PERIODISTA: Hola, quiero hablar con el director de la clínica.

RECEPCIONISTA: Va a ser difícil.

PERIODISTA: Dile que se trata de una entrevista para la televisión.

Lo dice en un tono del que se deduce que cualquiera que vaya a ser entrevistado para la televisión debe sentirse encantado.

RECEPCIONISTA: El director ha pasado toda la noche operando. Se ha marchado a su casa. No creo que vuelva hasta mañana.

PERIODISTA: Pues tengo que hablar con alguien.

RECEPCIONISTA: Espera un momento. Voy a ver si te lo soluciono.

Acciona en la centralita y se oye el teléfono en el despacho de Charo. Esta sale del ascensor acompañada de Lucía.

CHARO: Hasta mañana.

LUCIA: Adiós.

RECEPCIONISTA: Te estaba llamando.

Charo se percata de la presencia de las cámaras. Lucía permanece a la expectativa.

CHARO: ¿Qué pasa ahora?

La recepcionista habla bajito por guardar una discreción imposible.

RECEPCIONISTA: Que está ahí la tele. Quieren hablar con alguien y el director ya se ha marchado.

CHARO: Diles que no les puede atender nadie.

RECEPCIONISTA: Díselo tú que se te da mejor.

Charo hace un gesto de resignación.

CHARO: Está bien.

LUCIA: Esto no me lo pierdo.

Charo se vuelve a la periodista. Lucía va a observarlo todo con ojos como platos.

CHARO: Hola, ¿qué es lo que quieres?

PERIODISTA: *(Con gesto displicente)* ¿Quién eres?

CHARO: Soy la asistente social.

PERIODISTA: ¿La qué?

CHARO: La asistente social. *(Harta de tener que explicarlo)* Una especie de intermediaria entre el enfermo y su circunstancia.

PERIODISTA: ¿Como una relaciones públicas?

CHARO: Algo así.

PERIODISTA: Quiero ver al director para que cuente cómo se ha vivido aquí la catástrofe de esta noche.

CHARO: Ya te han dicho que se ha marchado a su casa. Si quieres conciertas un encuentro con él y le entrevistas mañana.

PERIODISTA: No, hay que hacerla ahora. Mañana nadie se acuerda de lo que ha pasado hoy.

CHARO: Entonces, lo siento. No tengo otra solución.

Inicia la salida pero le para la periodista con su pregunta.

PERIODISTA: ¿Y dices que eres la intermediaria entre el enfermo y su familia?

CHARO: Ya te lo he explicado.

PERIODISTA: O sea, que estás al tanto de todo lo que ha ocurrido esta noche.

CHARO: Más o menos.

PERIODISTA: Pues ya está. Te entrevisto a ti. *(A la cámara)* Prepara la cámara.

Lucía se acerca a Charo y le habla al oído.

LUCIA: Famosa, Charo, te vas a hacer famosa.

CHARO: Sobre todo por mi cansancio.

La periodista se atusa el pelo, se arregla el traje y aparta de malos modos a Lucía.

PERIODISTA: Quita guapa.

LUCIA: ¡Vaya modales!

PERIODISTA: Adelante.

Empiezan a rodar. La periodista se coloca delante de la cámara de manera que apenas se le ve a Charo.

PERIODISTA: Estamos con la directora de relaciones públicas de la clínica Virgen de la Esperanza. ¿Puedes hacernos un resumen de lo que ha pasado esta noche en tu clínica?

CHARO: Han ingresado doce personas de las que dos han fallecido. Las otras diez serán dadas de alta en los próximos días.

PERIODISTA: ¿Había infectados?

CHARO: ¿Cómo, infectados?

PERIODISTA: Sí, infectados. Dada la condición sexual de los heridos, como grupo de alto riesgo, es fácil que hubiera alguno.

A Charo se le altera la sangre.

CHARO: Ni lo sé, ni creo que le importe a nadie.

PERIODISTA: ¿Cómo han reaccionado las familias?

CHARO: Como en cualquier accidente.

PERIODISTA: ¿Sabían que los heridos eran homosexuales?

CHARO: ¿Quién?

PERIODISTA: Las familias.

Charo cada vez más seca por el tono de la entrevista.

CHARO: Mira, no lo sé.

PERIODISTA: ¿Había casados?

CHARO: No lo sé.

PERIODISTA: Eso se lo preguntan al enfermo cuando le hacen la historia.

CHARO: Sí, pero la historia se la hacen los médicos, no yo.

PERIODISTA: Cuéntanos alguna anécdota de esta noche. ¿Ha habido ataques de nervios, desmayos o algo por el estilo?

CHARO: No ha pasado nada.

PERIODISTA: ¿Puedes darnos la lista de ingresados?

CHARO: No la tengo.

PERIODISTA: (*Dudando*) Dijiste que eras la...

CHARO: Asistente social.

PERIODISTA: Eso. ¿Y no la tienes?

CHARO: No.

PERIODISTA: Tú, ¿cómo crees que afecta a la gente, al público en general, un accidente como éste en el que es casi seguro que había infectados?

CHARO: ¿A la gente? (*Piensa unos instantes*) Pues... Yo creo que se siente liberada y feliz al ver cómo mueren aplastados unos cuantos maricones de mierda, infectados, además, a quienes nadie quiere ver, ni tocar, pero de los que todo el mundo quiere saber.

Lucía hace un gesto con la cabeza como diciendo: «ahí queda eso»

PERIODISTA: (*A la cámara*) Corta. (*A Charo*) No puedes decir eso.

CHARO: ¿No es lo que querías oír?

PERIODISTA: No se puede emitir una cosa así.

CHARO: Mira, no entiendo de emisiones, así que me voy porque estoy reventada. Además, no hay nada más que se pueda decir sobre el accidente.

Charo y Lucía se dirigen a la puerta de salida. Los periodistas les siguen.

PERIODISTA: ¡Oye! ¡Oye!

ALTAVOZ: Doctor Valbuena acuda a radiología.

ESCENA 45

Llega el relevo de la recepcionista

RECEPCIONISTA 2: Ya puedes largarte, tía.

RECEPCIONISTA 1: ¿Se te ha parado el reloj?

RECEPCIONISTA 2: Para sermones me bastan los de mi tía, tía.

RECEPCIONISTA 1: Me voy a dormir.

RECEPCIONISTA 2: ¿Cómo ha ido la guardia, tía?

RECEPCIONISTA 1: Una música guay, tía.

La recepcionista 1 cruza el vestíbulo y sale de escena. La recepcionista 2 se pone la bata y ocupa el lugar que, durante toda la noche, ocupó su compañera. El ruido del tráfico de la ciudad, los altavoces del hospital, las sirenas de las ambulancias que llegan a urgencias y otros sonidos propios de un centro sanitario, lo invaden todo hasta hacerse dueño absoluto del ambiente. Lentamente cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR
JOSE EMILIO GONZALEZ, DE
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS